

AGONIA DE UN PLANETA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

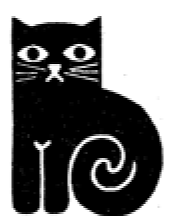
CONQUISTA ESPACIO

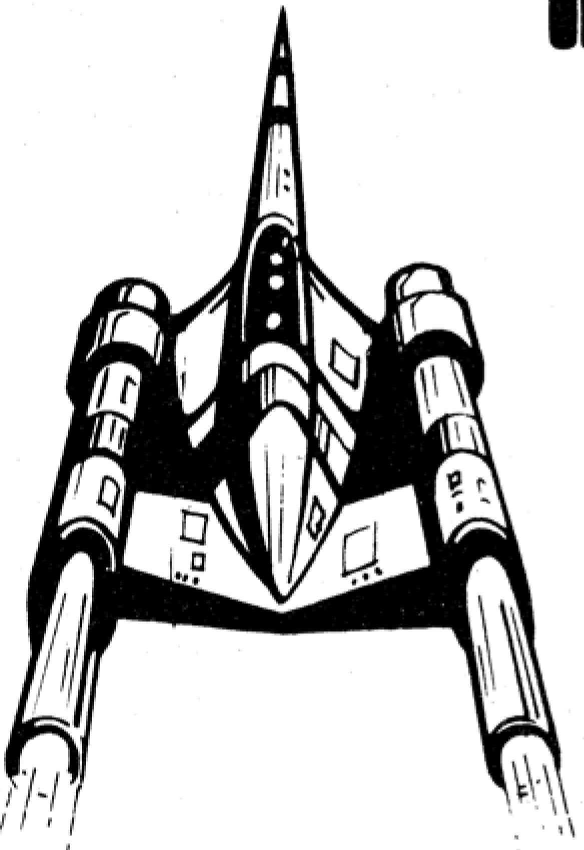


AGONIA DE UN PLANETA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

711 — Galaxia al rojo vivo – *Clark Carrados.*

712 — Los malditos seres de Gogon – *Ralph Barby*.

713 — La caída del dios Urdug - *Ralph Barby*.

714 — Desertores del futuro - *Clark Carrados*.

715 — 10, satélite de castigo - *Ralph Barby*.

RALPH BARBY

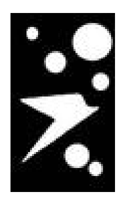
AGONIA DE UN PLANETA

Colección

LA CONQUISTA DEL

ESPACIO n.° 716

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 22.517 - 1984

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición en esta colección en España: junio, 1984

2.ª edición en esta colección en América: diciembre, 1984

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Y a qué viene ahora esa tontería de presentarse al concurso de Miss Planetarium?

La fémina, espigada, pero de curvas tan perfectas como las ya hacía milenios desaparecidas venus griegas o romanas, se movió delante del espejo que devolvía su imagen ataviada con el ajustado y corto vestido de plastiargenta.

Sus perfectas piernas estaban a la vista, mostrando la sedosa piel que las envolvía. El cabello dorado era lacio y abundante, y sus ojos, más verdes que zarcos.

Se llevó las manos al amplio cinturón rojo de gran hebilla que llevaba todos los bolsillos y el telecomunicador. Bastaba pulsar su botón azul y dar una clave de guarismos y letras para comunicarse inmediatamente con la persona deseada, un telecomunicador autónomo que resultaba muy práctico, Mantenía en contacto a todos los que lo poseían, que eran la mayoría de los terrestres a mitad del siglo veintiuno.

Con una sonrisa de picardía preguntó,

—¿Acaso crees que no tengo cualidades suficientes para ser elegida “Miss Planetarium?

—Naturalmente que sí. Sólo hay que mirarte para darse cuenta de que eres una venus de nuestro tiempo, pero esos concursos de “misses” hace décadas que estuvieron trasnochados. Se popularizaron tanto que terminaron desapareciendo.

—Porque antes eran jurados humanos quienes votaban por la mejor, y siempre resultaba elegida la hija de fulanito o menganito o la amiguita de alguien importante. Ahora, todo ha cambiado. Los jurados, que tanto se han equivocado, hasta en la decisión de sentencias en las cortes de justicia, ya no tienen razón de ser, estando todo programado en los cerebros electrónicos, poseedores de una inagotable memoria. El público existe como antes, pero sólo como espectador. Basta con desfilar por el centro de la pasarela y evolucionar delante de las cámaras que envían sus mensajes a la computadora. Cuando pasa la última concursante, antes de medio minuto, se programa el resultado. El cerebro electrónico no ha medido con sus células fotónicas y de

otros tipos, nuestras piernas, caderas, bustos, la elipse de nuestros ojos, el óvalo de nuestros rostros o la proporción geométrica de nuestras narices. No, ese cerebro nos analiza espectográficamente en el acto y conoce desde la cantidad de glóbulos rojos que tenemos a nuestra capacidad para ser madres, posibles enfermedades anteriores y predisposición para las futuras, etcétera, etcétera.

—Ya, la mujer perfecta — dijo Yul Slade.

Goldie Lake era ya muy alta, pero el hombre le llevaba más de un palmo. Sin embargo, formaban una pareja excepcional.

Yul Slade era piloto especial de pruebas de naves interplanetarias y su fama era conocida lo mismo en la Tierra que en la colonia de Marte, pasando por la de la Luna, en la que había estado en varias ocasiones probando los vehículos que se preparaban para los viajes interplanetarios de grandes distancias a las que el hombre terrestre aún debía de enfrentarse.

Sólo estaba en el alumbramiento de los viajes espaciales. Había establecido colonias en la Luna y Marte, pero ¿qué era aquello comparado con el resto de la conquista del Universo? Nada, absolutamente nada, sólo eran los primeros y torpes pasos de un niño que recién aprendido a caminar ya se creía capacitado para conquistar los grandes récords olímpicos que, cuatrienio a cuatrienio, iban siendo pulverizados por la cada vez mayor preparación física, mejor alimentación y más óptimas condiciones de vida de los terrestres humanos.

—Tú, toda una doctora en biolectrónica, presentándote a un espectáculo tan intrascendente.

Godie Lake se irguió altiva y retadora para replicar:

—Aunque sea doctora en bioelectrónica, de lo cual me siento muy orgullosa, considero que los prejuicios hace décadas que han desaparecido. No dejo de ser una mujer y bien que soy tu novia, por algo deseas casarte conmigo, ¿no?

Yul Slade soltó un bufido. No habría forma de pedirle que abandonara el proyecto de presentarse en las telepantallas gigantes a todo color del mundo entero, incluyendo las colonias extraterrestres, para exhibirse con el “bikini” de rigor.

Aunque fuera un cerebro electrónico el que tuviera que juzgar y al que no se podía hacer trampa alguna, imaginaba de antemano la cantidad

de, comentarios sabrosos que se harían en las colonias mineras de la Luna y Marte donde las mujeres escaseaban y los hombres se aburrían esperando su tiempo vacacional para regresar a la Tierra y pasarlo por todo lo alto con las generosas pagas que recibían por trabajar durante diez meses seguidos en mundos tan hostiles.

—Si no ganas, vas a llevarte un disgusto.

—Creo que ese disgusto no es lo que más te importa. Después de todo, puedo sentirme satisfecha. Ya he pasado la preselección, lo que indica que soy una mujer perfecta. — Y vanidosa.— Y seguramente algo coqueta también — se recriminó ella misma, rodeando con sus manos el cuello masculino. Le besó en los labios, prometiendo mucho y dando poco en realidad.

—Por muchos milenios que pasen, la mujer siempre será mujer, con coquetería y vanidad. Hubo un corto período de tiempo, quizá de solo medio siglo, en que pareció que la mujer iba a perder su propia idiosincrasia al tratar de ponerse a la altura del hombre en todos los puestos de la sociedad, pero tras lograrlo y ya totalmente en paridad con el hombre en el terreno físico e intelectual, habéis vuelto a ser la mujer, la Eva de siempre.

—¿Y eso te molesta, Yul? — le preguntó, burlona —. No te gustaría enamorarte de un minero lunar, ¿verdad?

No, creo que no — aceptó estrechándola por la cintura —. Está bien, preséntate esta noche en el gran festival de “Miss Planetarium” y que haya suerte.

—Gracias, Yul. Sabía que terminarías comprendiendo. Después de todo, debes sentirte orgulloso, puesto que voy a ser para ti, sola, única y exclusivamente para ti,

Esta vez, el beso se prolongó. Ambos se entregaron a él con pasión, pero un zumbido repentino cortó la apenas iniciada escena de amor.

Yul Slade, que se sentía a gusto besando a Goldie, bajó su mano para accionar el resorte que desconectaba su telecomunicador del cinturón, cesando de esta forma el zumbido. Pero, la mano femenina movió el botón en dirección contraria, poniendo nuevamente en marcha el zumbador, ya que el beso iba subiendo de temperatura.

La caricia concluyó, pero Yul no soltó la suave y estrecha cintura femenina. Suspiró y respondió a la llamada. — Capitán Yul Slade a la escucha.

Una voz femenina habló por el telecomunicador adosado a su cinturón negro que contrastaba con el jaspeado gris y dorado de su casaca ajustada en puños y cuello.

—Capitán Slade, el coronel Duncan le espera en su despacho de la Defensa del Espacio. Es urgente.

—Está bien, iré en seguida — gruñó, malhumorado. Goldie, con un mohín de protesta, preguntó:

—¿No estarás esta noche en el aforo astral?

—Trataré de librarme pronto del viejo Duncan para llegar a tiempo al desfile de las “misses”.

— Mientras llegues a tiempo de mi pase será suficiente. — Sólo quería ver a las otras competidoras para darme cuenta de que tú eres la más bonitas de todas, Goldie. — Hum, no me fío de ti. Siempre me han dicho que eres un cínico y tú mismo no me ocultaste que antes de conocerme a mí habías tenido muchos amores íntimos.

—Tiempos pretéritos.

—¿Nostalgia?

—No, sólo que un buen gourmet, antes de poder saborear un excelente e inmejorable manjar, debe de haber comido mucho antes. De lo contrario, no está capacitado para discernir entre lo bueno y lo malo, entre lo dulce y lo salado, entre...

—Basta, basta, no me convences, pero me aguanto. Lo importante es que en el futuro te conformes con el manjar que has escogido.

—Eso, sin duda. No lo hay mejor.

Volvió a estrechar a la mujer buscando sus labios, pero ella, coqueta y con protestas no exentas de satisfacción, le rechazó.

—Que llegarás tarde a la llamada del coronel Duncan. Además, yo debo de componerme un poco. Nos veremos en el Aforo Astral.

—De acuerdo, trataré de estar allí en seguida que pueda. Yul se separó de la joven y hermosa Goldie dirigiéndose a la puerta del apartamento, que se abrió a su paso automáticamente.

Recorrió el pasillo hasta penetrar en el ascensor que le elevó a la gran terraza "aeroparking" que poseía el enorme edificio de apartamentos.

Se introdujo en su aercóptero impulsado por batería de plutonio enriquecido, plutonio que en la Tierra había escaseado, pero que gracias a los yacimientos y explotación subsiguiente del subsuelo lunar había cambiado todo el sistema de la dinámica terrestre.

Hacia más de dos décadas que el último motor de agua, sucesor de los motores de combustión, había muerto. La energía nuclear lo movía absolutamente todo.

Los yacimientos petrolíferos y carboníferos eran transformados químicamente en los más audaces plásticos que habían suplido totalmente a la madera y sus celulosas.

Los árboles eran ya un privilegio mundial, protegidos drásticamente por los Estados terrestres dependientes de un Gobierno federal que gobernaba a toda la Tierra por primera vez en la historia de la humanidad, uniendo ideologías y credos e incluso idiomas.

El aercóptero nuclear le trasladó en pocos minutos a la sede del cuartel de la Defensa Espacial.

La zona de parking estaba casi repleta. Hubo de perder unos segundos antes de encontrar un hueco donde dejar su vehículo.

Penetró en un ascensor que le condujo a la planta subcuarenta, ya que todo el edificio de la defensa del espacio había sido construido subterráneo, no hacia arriba, como era habitual.

Por encima, el cuartel general de Defensa del Espacio era un hermoso y cuidado jardín botánico. La conciencia mundial mimaba toda clase de vegetales y animales.

—Le estaba aguardando, capitán Slade.

—Lo siento, coronel, pero el tráfico aéreo cada día está más complicado. Si no fuera por los ultramicrorradares con que van equipados todos los vehículos con frenos automáticos, creo que habría más accidentes que entre los vehículos con motores de explosión que existieron en la segunda mitad del siglo pasado.

—Basta de excusas, capitán, vayamos al grano.

El coronel Duncan era un hombre de cabello ceniza, pero alto y fuerte, vigoroso, todo un carácter. De otra forma no ostentaría aquel importantísimo cargo en el departamento de la Defensa Espacial.

Había sido uno de los pioneros en la conquista de Marte, tiempos de aventura que el coronel Duncan recordaba con nostalgia. Ahora todo estaba dirigido por la técnica, había menos aventura, decía con aire despreciativo a los astronautas de las últimas hornadas.

—¿Algo grave, coronel?

Este pulsó un botón y a su derecha se descorrió una pared de fibra plástica imitación madera, tan perfecta que sólo mediante corte y análisis al microscopio podría determinarse su verdadera naturaleza.

Apareció un mapa del sistema solar. Sobre fondo negro, los planetas eran esferas luminosas de distintos colores. Parecían quietos, sin embargo, se desplazaban al mismo ritmo que lo hacían los verdaderos planetas representados. Observando aquel mapa se sabía exactamente la ubicación de dichos planetas en el espacio y con respecto al Sol y la Tierra, facilitando la medición rápida de toda clase de distancias.

Alrededor de la Tierra, la Luna y Marte, con luces más pequeñas y movibles, estaban señalizados los satélites artificiales, totalmente controlados gracias a las macroantenas diseminadas por todo el globo terráqueo.

—Todo parece normal en el mapa del sistema solar, coronel, no veo la aparición de una Supernova — dijo jocoso.

—No sea sarcástico, capitán Slade. Una Supernova nos haría desaparecer a todos si se produjera a poca distancia de nuestro sistema solar. Ahora, fíjese en los satélites artificiales de la Tierra.

—¡Diablos! ¿Qué hace ese satélite artificial en una órbita de mil millas?

—Veo que ya se ha dado cuenta. Nuestros satélites artificiales, para mantener el equilibrio lógico, se mueven entre las doscientas y seiscientas millas. Jamás hemos tenido ninguno a más de mil. Cuando una nave está a esa distancia es que se dirige hacia la Luna, Marte o emprende una exploración espacial. En órbita no hemos tenido ni tendremos ninguna nave a mil millas tal como aparece en el mapa del sistema solar que captan nuestras antenas de superradar electrónico.

— No habrá algún error, coronel?

—En absoluto, está todo perfectamente comprobado. Esa nave espacial ha surgido de pronto en la posición en que está y da vueltas alrededor de la Tierra. En ocasiones invierte la dirección de la órbita,

girando al revés de como venía haciéndolo.

—¿Cree que es una nave de otro sistema?

—Se ha hablado muchos de los ovnis, pero jamás se ha podido capturar ninguno. Este podría ser uno de esos objetos voladores no identificados captados por nuestras antenas,

—A esa distancia podría ser observado hasta con los primitivos telescopios ópticos.

El coronel Duncan rebatió:

—Despide una luz tan intensa que no se puede precisar nada.

—¿Y el análisis de telespectrografía?

—Lo mismo. La luminosidad que irradia rechaza el análisis. Su posición no es computable ni analizable.

—De modo que sí parece un objeto extraterrestre.

—Eso empezamos a creer, pero no se puede sentenciar en un sentido ni en otro, hasta tener algo tangible sobre lo que poder investigar.

—Lo que no comprendo es cómo ha podido llegar a nuestra órbita terrestre sin que nuestros controles de la Luna y Marte ni las naves intermedias situadas en el espacio lo hayan captado.

—Pues así ha sido y existe una teoría al respecto, capitán.

—¿La teoría del viaje a la velocidad de la luz? Eso es una utopía actualmente.

—Para nosotros sí, pero una civilización milenios más avanzada que la nuestra podía haberlo conseguido. Es la única explicación. Naturalmente, se ha mantenido el más absoluto secreto sobre el caso para no crear un pánico general.

—No me diga que teme una invasión extraterrestre, coronel —preguntó Yul socarrón.

Duncan, pesimista, respondió:

—A mayor avance de nuestra técnica, cada vez nos creemos más invencibles, pero no debemos de olvidar que todavía somos débiles. En fin, no quiero filosofar ahora, Ahí arriba existe algo tangible que se

mueve de forma autónoma, lo que descarta que sea un meteoro de clase desconocida. Eso que está orbitándonos a más de mil millas de distancia tiene vida, tiene inteligencia.

—¿Han tratado de establecer comunicación por ondas hertzianas?

—Sí, pero no hemos obtenido respuesta alguna. El más absoluto silencio ha sido la réplica a nuestras llamadas.

—¿Qué otras medidas se han tomado?

—Las más drásticas

—No me diga que desde alguna de nuestras bases de defensa orbital han enviado una peladilla nuclear.

—En efecto. Desde las bases orbitales Z-42 y X-102 les hemos enviado misiles espaciales de destrucción total e instantánea. De ser alcanzada de lleno esa nave u objeto, se habría desintegrado en su totalidad.

— No me diga que ha encajado las peladillas sin problemas.

— No, no ha sucedido así. Se ha seguido la trayectoria de los misiles y cuando pareció que iban a hacer impacto, esa maldita nave se ha movido con una celeridad increíble, desplazándose en la más inesperada dirección. Las peladillas, como usted las llama socarronamente, se han perdido en el espacio sin hacer explosión.

—Y los sistemas magnéticos o espoletas de cálculo de tiempo no han funcionado?

—No. Creo que esa nave, o lo que sea, las ha manejado a distancia.

—De lo que se deduce que su técnica es muy superior a la nuestra.

—En efecto, y eso es lo que nos preocupa a todos. De conocerlo la opinión pública mundial, se crearía el pánico.

— Empiezo a intuir algo, coronel. ¿Por qué me ha requerido con urgencia?

—Porque ha sido usted elegido para intentar acercarse a esa nave y establecer contacto directo con ella. Es más, nuestra idea es que detenga su nave "Centisonic" junto a ese objeto desconocido y salga para explorarlo, tocándolo con sus manos si es preciso.

—¿La "Centisonic"? Pero, coronel, esa nave no ha sido probada

totalmente, está en período experimental. No se sabe lo que puede dar de sí ni si se va a desintegrar.

— No hay tiempo para más pruebas. Es un riesgo que hay que correr, capitán Slade. Naturalmente, esta misión tiene carácter voluntario, y si sale bien de ella será ascendido a mayor.

—A título póstumo, ¿no? — preguntó, mordaz.

—Dos profesores le acompañarán, Uno está especializado en telespectrografia espacial y el otro en telecomunicación. Están ya dispuestos.

—No puedo ser menos, ¿eh?

—Usted es el único hombre preparado para manejar esa nave, claro que si no acepta la misión que, insisto, tiene carácter voluntario, requeriremos la presencia de otro piloto de pruebas.

—Está bien, me hago cargo de la nave "Centisonic". Si revienta, por lo menos no tendrán el trabajo de sepultar mis restos. Pongan una corona de flores en un cohete y envíenlo a la estratosfera. Allí, mis partículas desintegradas, estarán muy agradecidas.

—Me gusta su buen humor, capitán Slade. Ahora, ya puede ir hacia la rampa de lanzamiento. La "Centisonic" espera preparada para despegar. Por el camino irá recibiendo instrucciones. Los dos profesores le están esperando y a bordo están siendo embarcados los aparatos que harán falta a lo científicos que le acompañarán.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. ¿Es que pasa algo malo o padece algún síntoma patológico?

—En absoluto, pero dentro de unos minutos tenia que estar en el Aforo Astral.

—¿Dónde nombran a la “Miss Planetarium" esta noche?

—Exacto.

—Pues, conténtese con ver esa manifestación mundana en la pantalla televisiva de su nave, capitán.

—Maldita sea, ya me lo esperaba. ¡Cómo se va a poner Goldie!

—¿Qué dice, capitán?

—Nada, coronel — respondió tras un gruñido—. Voy hacia la base de lanzamiento. Una lástima, ahora que iba a tener la chica más hermosa de la Tierra... En fin, ser piloto de pruebas y ganar fama equivale a correr riesgo. Lo bueno es que si te vas al infierno ni te enteras.

CAPÍTULO II

Tras pasar el rápido chequeo ante el analizador médicoelectrónico de la base de lanzamiento, requisito indispensable para todos los astronautas, cruzó el corredor y montó en el furgón de traslado, único vehículo autorizado para transitar por la base y que le llevaría hasta la cabina de la "Centisonic", la más audaz de las naves voladoras jamás ideadas por el hombre.

Era capaz de alcanzar cien veces la velocidad del sonido bajo la estratosfera, a veinte kilómetros sobre el nivel del mar. Fuera de la atmósfera terrestre, la velocidad aún era incalculable, dependiendo del impulso que recibiera al desgravitarse de la Tierra.

— Por todos los demonios y el planeta Plutón incluido, ¿qué hacen ustedes aquí? — masculló Yul Slade.

Dentro del furgón se hallaban dos explosivas bellezas femeninas. De cabello azabache la una, gruesos y bien perfilados labios y ojos grandes, rasgados y oscuros como sima sin fondo.

La otra, pelirroja, de chispeantes pupilas castañas, cutis muy blanco y labios algo delgados, pero bien perfilados. En el resto de sus anatomías no faltaba nada de lo esencial en una mujer que pudiera considerarse fenomenal.

— Capitán Slade, yo soy la teniente Novna, profesora en telecomunicación espacial — dijo la morena a modo de presentación.

No había salido aún de su sorpresa cuando la pelirroja se presentó a su vez como:

— Teniente Maggie O'Connor, profesora en análisis espectrográficos

espaciales. Todos mis instrumentos de medición, análisis y comunicación al centro de control ya están a bordo de la "Centisonic".

— Mis aparatos para establecer comunicación en la más extensa gama de claves también están a bordo, ya que tenemos un enlace directo con el cerebro electrónico de desciframiento de claves, jeroglíficos y criptografía existente en Hamburgo.

— Muy bien, muy bien, son ustedes dos lumbreras aparte de ser dos hermosas descendientes de la madre Eva, pero no me habían advertido que fueran dos mujeres las que me acompañaran en esta misión.

— Capitán Yul Slade — dijo Katia Novna con sarcasmo — ignoraba que fuera usted antifeminista. Creí que esos sentimientos habían quedado superados antes de que mi abuela tomara su primera papilla.

—¿Qué tiene contra nosotras? — inquirió Maggie, enarcando sus bien dibujadas cejas —. Estamos tan capacitadas como otros profesores cualesquiera, puede pedir informes. Además, no es usted quien ordena la misión sino el encargo de llevarla a cabo.

— Como comandante de la "Centisonic”, no vayan a olvidarlo. En cuanto a si soy feminista o antifeminista, les diré que ustedes me gustan a rabiar.

—¿En forma carnal o científica, capitán?

Ante aquella retadora pregunta de la pelirroja Maggie, Yul Slade resopló:

—¿Les han dicho que es posible que no regresen de esta misión? Es una experiencia arriesgadísima. La “Centisonic" no ha sido probada aún totalmente.

— Lo sabemos — asintió Katia —. Esta misión es de carácter voluntario y por ello nos hemos ofrecido a realizarla en cuanto se han solicitado profesores técnicos especializados. Es cierto que podía haber venido algún otro profesor con más experiencia que nosotras en nuestras respectivas especialidades, pero estaban algo viejos y no aptos para una experiencia espacial arriesgada. Según el control médico, nosotras estamos perfectamente saludables.

— No, si eso ya se nota, sólo hay que verlas, pero esta misión secreta es sumamente peligrosa.

— El que los hombres siempre hayan corrido con los riesgos de la aventura, no quiere decir que las mujeres no estemos capacitadas para ello. Además, durante muchos milenios, las mujeres han pasado por aventuras que les han costado la vida en más ocasiones que los hombres.

—¿Ah, si, y qué aventuras son ésas? — inquirió escéptico.

— Traer niños al mundo — respondió Katia Novna —. Ahora es raro que muera una parturienta, pero siglos atrás fallecían a cientos, de modo que, con todos los respetos y a pesar de su virilidad, acéptenos como lo que somos, capitán, sus colaboradoras.

— Está bien. No deseo que piensen que soy antifeminista, pero las mujeres me desconciertan. Pese a que han avanzado ustedes mucho, siguen siendo sorprendentes, y si ella se entera de que estoy en el espacio con...

—¿Qué trata de decirnos, capitán Slade?— preguntó Maggie.

— Nada, nada, mejor prepárense. Estamos llegando a la “Centisonic” y el despegue será inmediato, sin comunicación oficial del mismo al mundo. Hay que atajar una situación crítica sin provocar el pánico. Puede que ésta sea la primera vez que el hombre terrestre toma contacto con unos alienígenas.

La nave aguardaba en la rampa de despegue que habría de catapultarla.

Del propio furgón surgió una escalera extensible que se acopló en la puerta de la “Centisonic". Ascendieron por ella y penetraron en la alargada y aerodinámica nave espacial que lo mismo servía para viajar por el espacio interplanetario que por el interior de la atmósfera terrestre.

En la nave había asiento para cuatro personas.

El sillón del comandante estaba centrado frente al panel de mandos y la gran ventana cubierta ahora con el protector de acero aleado que la preservaría de golpes o choques fortísimos contra meteoritos u otra clase de objetos en el espacio.

Tras él, a una yarda a derecha e izquierda, dos butacas más. La cuarta butaca se hallaba distanciada dos yardas en línea recta de la espalda del comandante. Entre las cuatro formaban una especie de rombo.

Los trajes espaciales no serían empleados más que en momentos de peligro o cuando tuvieran que abandonar la nave en una atmósfera hostil. La presurización de la cabina estaba harto comprobada, lo que se ignoraba era hasta dónde resistirían las toberas de sus motores puestos al tope de su funcionamiento.

Yul Slade ocupó su butaca sin preocuparse de sus dos colaboradoras.

Estaba molesto pensando en Coldie Lake. No tardaría en comenzar el desfile de las "misses” por la larga y espectacular pasarela del Aforo Astral.

Tras el capitán Slade, a su derecha, se situó la morena teniente Katia Novna y a su izquierda la pelirroja Maggie O'Connor.

No había que darles demasiadas instrucciones. Obviamente, ambas estaban entrenadas para viajes espaciales.

Se colocaron inmediatamente los atalajes de seguridad que las fijaban en los anatómicos sillones en los que se acoplaban perfectamente sus espinas dorsales. Sus cráneos estaban protegidos por el casco obligatorio en los despegues y tomas de tierra para evitar vibraciones que pudieran causarles fuertes y peligrosas conmociones cerebrales.

—¡Atención, atención — les advirtieron desde la torre de lanzamiento a través de las ondas.

En el visor podía verse el gran reloj al que había sido acoplada la rampa de lanzamiento para el disparo automático.

— Aquí el capitán Slade. Todo listo para el despegue. — Repasen sus atalajes de seguridad. Faltan escasos segundos para el lanzamiento. Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos uno, cero... ¡Fuego!

Los motores de la "Centisonic" comenzaron a vibrar al mismo tiempo que los del carril de la rampa de lanzamiento.

Las dos fuerzas impulsoras comenzaron a mover la nave por la larga viga de acero que ascendía hacia lo alto de la colina.

Tras ellos, un enorme muro revestido con grandes bloques de material refractario de cinco pies de espesor que debían de soportar todo el calor que producían los cohetes impulsores.

La gran nave, de proa, aguda como una lanza, con unas pequeñas

aletas en los costados y timones posteriores, se deslizó sobre el carril de acero, adquiriendo cada vez mayor velocidad.

Cuando llegó a lo alto de la colina, los motores del carril sobre el que se deslizaba, se detuvieron. Chocó contra unos topes para iniciar el retroceso y la nave, ya impulsada por encima de las siete mil millas horas, despegó dejando atrás la colina.

Tanto Yul Slade como Katia y Maggie notaron la fuerza de gravitación que casi les arrancó el sentido por unos segundos.

Sus cuerpos, sus músculos, sus esqueletos debían de soportar la intensa desgravitación a que se hallaban sometidos en aquella velocidad endemoniada que iba en aumento.

Una fuerte presión de oxígeno, superior a los ochocientos milímetros, les ayudó a respirar en aquella difícil situación y a medida que iba cediendo la gravedad fue nivelándose la presión interior de la cabina.

A los tres minutos habían entrado en una órbita corta y la nave puso en marcha el sistema de gravedad artificial. La maniobra de entrada en órbita fue perfecta para Yul Slade por haberla tenido que efectuar en innumerables ocasiones, incluso con la "Centisonic", pero jamás poniéndola al máximo de sus posibilidades.

— Pueden soltarse los atalajes, ya no hay peligro. Las órdenes son de orbitar a la Tierra en tres vueltas, tratando de entrar en contacto por ondas con el objeto no identificado. Usted, profesora de telespectrografía, tratará de analizar el objeto ya sin el estorbo de la atmósfera terrestre. Si no hay respuesta, nos acercaremos a la nave. Estas son las órdenes que hemos recibido.

—¿Y si la nave u objeto no identificado no permite que nos acerquemos?

— Pondremos al máximo la capacidad de velocidad de la "Centisonic" e iremos en su persecución hasta nuevas órdenes. Mantendremos contacto con el centro de Defensa Espacial y ya veremos lo que deciden. Ese objeto puede ser pasivo u ofensivo, y si fuera así podría resultar sumamente peligroso para nuestras colonias de la Luna y Marte, aparte de la propia Tierra. Puede tratarse de una falsa alarma, pero también del mayor riesgo para la humanidad. Nuestra misión es averiguar de qué se trata. Ahora, mientras ustedes se ocupan en sus especializados trabajos, yo voy a descansar poniendo el piloto automático. Seguiremos orbitando en este pasillo espacial sin peligro de choque con los demás satélites controlados que orbitan la Tierra

para las telecomunicaciones.

Las tenientes Maggie O'Connor y Katia Novna pusieron en marcha sus aparatos. Tenían localizado el punto de observación que seguía orbitando alrededor de la Tierra.

La "Centisonic", con una órbita muy inferior, había reducido grandemente su velocidad con los retrocohetes para mantenerse en todo momento en la perpendicular que podía trazarse entre el objetivo no identificado y la Tierra. De esta forma podrían observarlo a placer durante el tiempo preciso.

Yul Slade, que movía la nave en pura rutina, conectó la pantalla televisiva y no para buscar al coronel Duncan, sino para conectar con el canal por el que se retransmitía la elección de "Miss Planetarium" desde el Aforo Astral.

El color, con toda nitidez, reprodujo las imágenes tridimensionales.

Daba la impresión de que cuanto salía en pantalla podía tocarse, pero al aproximar la mano se encontraba uno con el desagradable contacto del vidrio de la pantalla, máxime cuando lo que se admiraba eran bellezas como aquellas que desfilaban por la fastuosa pasarela ante un millar de espectadores directos que aplaudían. Sin embargo, la última palabra debía darla el cerebro electrónico que no tomaría parcialidad por ninguna de las aspirantes.

Al fin apareció Goldie Lake con su hermosa cabellera rubia sobre los hombros y el micro — bikini de rigor en color de rosa. Todas las concursantes debían de hallarse en igualdad de condiciones para que sólo pudieran destacar sus bellezas puramente anatómicas.

En pantalla apareció un primerísimo plano de Goldie Lake que sonreía en todas direcciones. Caminaba con elegancia y sin vacilaciones por la pasarela. Al final de la misma debía de detenerse para el análisis electrónico.

Yul Slade suspiró, molesto por los aplausos de la sala. No le irritaba que la gente admitiera su belleza, pero sí que se fijaran tanto en ella.

— Capitán Slade, ese objeto no identificado rechaza todo análisis espectrográfico.

Lo arrancaron de la contemplación de Goldie cuando ésta se detenía frente a los analizadores electrónicos que, por otra parte, no iban a tocar ni una pulgada de su piel. — ¿Qué dice, teniente O'Connor?

— Que no se capta nada, sólo recibimos un fuerte bombardeo de fotones.

— Eso es imposible. Un analizador espectrográfico puede analizar los rayos del propio sol.

— Lo sé, yo misma he realizado innumerables veces ese análisis en la clase de prácticas, pero parece que ese objeto no identificado posee un tipo de energía que neutraliza todo nuestro sistema analizador.

— Capitán Slade, no responde nadie — dijo por su parte Katia Novna, tras insistir una y otra vez probando claves distintas.

— Está bien. Cambiaremos la órbita e intentaremos observarlo en oblicuo, a ver si de esta forma conseguimos algo.

Yul Slade manejó la nave "Centisonic" ideada para largos viajes pero cuyo resultado estaba por determinar. Las cabinas de hibernación habían sido probadas en los bancos de pruebas pero no en el espacio.

La nave cambió la órbita terrestre acercándose más al objeto no identificado que seguía brillando por encima de ellos.

Con los retrocohetes aminoraron la velocidad para quedar a su supuesta popa, algo distanciados para observarlo en oblicuo sin interferir en la perpendicular que formaba el extraño y misterioso objeto con la Tierra.

— Insistan ahora.

Los trabajos de las tenientes prosiguieron sin resultado mientras en el Aforo Astral se había efectuado ya el pase de todas las misses — que ahora habían sido reunidas en el gran escenario. Eran treinta bellezas de todos los colores y razas.

— Lo está usted pasando en grande, capitán — observó Katia.

— Así templo mis nervios. Además, mi novia es una de esas chicas.

Maggie O'Connor objetó despectiva:

— Ignoraba que estuviera obsesionado por el “sexy”.

— No sean peyorativas. Mi novia es profesora de bioelectrónica además de bonita y ustedes también lo son. Ella supone que estoy en la sala presenciando el espectáculo. Si supiera que me encuentro en órbita y con dos bellezas trataría de arrancarme los ojos en cuanto me

viera.

— ¡La ganadora es la número veintidós, Goldie Lake! — anunció el presentador dando el resultado obtenido por el cerebro electrónico.

Los aplausos atronaron en la sala y Goldie, sin nervios, segura de sí, se destacó entre las demás.

Le colocaron la consabida capa de terciopelo rojo ribeteada en armiño blanco y la corona. Avanzó majestuosa por la pasarela cuando súbitamente fue tornándose más y más luminosa hasta desaparecer por completo ante los ojos de un millar de espectadores en directo y millones en toda la Tierra, la Luna y Marte.

— Por todos los diablos, ¿qué truco es ése? — se preguntó Yul que había visto desaparecer a Goldie en mitad de la pasarela.

Maggie dijo a su espalda:

— Ya sabe, esos de la televisión emplean muchos trucos. Nos hacen ver lo que no existe, y viceversa. Lo importante ahora es que no he conseguido nada. ¿Y tú, Katia?

— Absolutamente negativo. Debe de pedir consejo al Centro de Defensa, capitán.

Malhumorado, Yul cambió de canal y pronto surgió en pantalla el coronel Duncan que comenzó a hablar:

— Sé que sus resultados son negativos, capitán Slade. No queda otra solución que arriesgarse e ir en busca de ese extraño objeto para observarlo más de cerca. Se aproximarán al máximo para verlo a través de la cabina y luego ya decidiremos si deberá salir o no de la nave para tocar la otra. Mientras, que la teniente O'Connor tome los datos de temperatura para que no sufra usted algún disgusto por exceso de calor pese al traje espacial.

— Cumpliremos sus órdenes, coronel Duncan. El objeto no identificado sigue tranquilo sin modificar su órbita. Quizá sólo sea un satélite perdido en el espacio sin tripulación, al garete como dirían los marinos.

— No se confíe, capitán Slade. Puede que no haya nadie vivo en su interior pero si que funcionen sus sistemas automáticos de defensa. Si un mecanismo de defensa activa cualquier tipo de disparo, la “Centisonic” podría desintegrarse.

— Nuestro sistema de defensa de misiles espacio-espacio también funciona a la perfección, coronel Duncan. Han sido probados ampliamente y si nos atacan replicaremos como es debido. Mientras efectuamos estas operaciones, póngase en contacto con la dirección del Aforo Astral, por favor. Pregunte qué ha sucedido con “Miss Planetarium" que es mi novia.

— De acuerdo, Slade, pero olvídese de eso ahora y ponga sus cinco sentidos en la operación. La humanidad puede estar en peligro en estos momentos.

— Correcto, coronel. Allá vamos.

Funcionaron de nuevo los cohetes de la “Centisonic” y abandonaron la órbita en que se hallaban. El radar espacial estaba centrado en el objeto no identificado y la nave terrestre se dirigía hacia él con su aguda proa de lanza.

La gran ventana panorámica estaba sin protección y por ella podían ver cada vez más claramente el extraño objeto que ya podían determinar como una esfera construida en un brillante metal gris azulado que por segundos se hacia más y más grande.

— Coronel Duncan, ese objeto es un satélite o nave espacial metálica. Es bastante grande, aproximadamente tendrá...

— Cien yardas de diámetro — completó la teniente Maggie, agregando —: A simple ojo, porque los objetos de medición no funcionan.

— Mi sistema de telecomunicación tampoco funciona — advirtió Katia.

Perdieron todo contacto con la Tierra y los satélites de comunicación que actuaban de reemisores en caso de emergencia.

— Por todos los diablos, ¿qué está sucediendo? — gruñó Yul Slade tratando de manipular la nave, pero los mandos estaban bloqueados.

— ¡Perdemos la energía de la nave, capitán! — exclamó la teniente Novna.

Slade trató de poner en marcha el sistema automático de vuelo que evitaría el choque con la extraña y brillante nave pero éste tampoco funcionó.

— Estamos en peligro, vamos a chocar, los mandos no responden. Esta nave todavía estaba en fase experimental, no esperaba este resultado, pero me temo que la fuerza que neutraliza todos nuestros sistemas para dirigirnos a distancia proviene de ese satélite.

El hombre y las dos mujeres miraron serenos pero con un nudo en la garganta la gran esfera metálica que se aproximaba a gran velocidad. Es decir, la "Centisonic" volaba dispuesta a estrellarse contra su pulimentada superficie, lisa en su totalidad y carente de focos, luces o ventanas. Sin embargo, despedía una extraña aura.

— Creo que ha llegado nuestro momento, no vamos a poder ni decir adiós al coronel Duncan. Nada en la nave funciona. Moriremos con los brazos cruzados — dijo Yul Slade impotente para evitar la catástrofe.

Cuando la nave iba a estrellarse, ocurrió lo inesperado. Se abrió una especie de compuerta circular en un punto de la gran esfera y la "Centisonic" se introdujo en ella sin rozarla un milímetro.

—¡Nos devoran! — exclamó Katia.

—¡Nos absorben! — gimió Maggie O'Connor.

De pronto se hizo una oscuridad total. Sus mentes perdieron el sentido como sumidas en el más oscuro y tenebroso de los sueños.

CAPÍTULO III

Cuando Goldie Lake abrió los ojos, no comprendió lo que estaba ocurriendo.

Tenía la sensación de que había sufrido un mareo. Acababa de ser nombrada “Miss Planetarium", un título importante con el que había soñado. Esperaba ganar, mas era una de aquellas cosas que se piensan ganar pero de las que jamás se está seguro de lograrlo. ¿Tanto se había impresionado que incluso había perdido el sentido?

— No, no puede ser — se dijo —. Estoy preparada para soportar toda clase de emociones.

Se hallaba en una amplia sala, de espaldas a una pared que parecía

metálica pero que no se entretuvo en tocar, sobre una especie de tarima o escalón.

Frente a ella había algunas butacas vacías. Se hallaba completamente sola con su microbikini, la gran capa de terciopelo rojo ribeteado en armiño y la corona de reina que parecía de oro pero que no era más que plástico.

— Esto no es el Aforo Astral — se dijo parpadeando confundida —. ¿Estaré inmersa en una pesadilla? — se preguntó pensando que cuanto había sucedido en el Aforo Astral era producto de sus deseos de ganar.

Se palpó la capa de terciopelo, notó el tacto del armiño en su cuello y en sus manos, la corona en su cabeza. Si era un sueño, resultaba demasiado real.

— Debo de hacer algo...

Quiso dirigirse hacia las butacas, bajar de aquella especie de escalón o cabina de un pie de altura, mas pronto se dio cuenta de que no podía hacerlo. Había algo delante que se lo impedía. ¿Un campo de fuerza, un cristal tan transparente que no podía verse, un plástico de las mismas cualidades? Lo importante era que no podía avanzar, estaba atrapada entre aquel muro tan invisible como infranqueable y la pared sobre la que se volvió para golpearla con sus puños. Si no era acero, lo parecía.

—¡Sáquenme de aquí! — gritó primero algo tímidamente, llamada que repitió con más fuerza sin obtener respuesta. De pronto, se sintió sobrecogida. Tres formas comenzaron a perfilarse cerca de ella a derecha e izquierda, tres siluetas que comenzaron a tomar forma humana, muy luminosas en principio.

Le parecieron legendarios fantasmas de los que hablaban en la Europa medieval pero la luminosidad de las tres figuras decreció hasta que adquirieron más y más personalidad.

— ¡Yul! — exclamó sorprendida, reconociendo una de las figuras.

El capitán Slade abrió los ojos. Sus pupilas quedaron fijas en Goldie sin comprender demasiado y menos viéndola vestida como una reina, aunque la ropa que portaba bajo la capa era de lo más micro.

- Goldie, ¿estamos en el infierno o en el cielo?

— Déjate de bromas, Yul. ¿De dónde vienes?

— Dime más bien dónde estamos.

Goldie observó entonces a las otras dos mujeres que también miraban en derredor, desconcertadas.

—¿Quiénes son ellas?

Yul miró a las dos féminas que habían llegado con él de forma tan extraña y las presentó:

— Son las tenientes Katia Novna, profesora en telecomunicación espacial y la teniente Maggie O'Connor, profesora de telespectrografía —. Señalando a Goldie, presentó después —: Goldie Lake, profesora en bioelectrónica, ahora “Miss Planetarium” y mi novia.

Las mujeres se sonrieron, aunque Yul Slade no estuvo muy seguro de que simpatizaran.

— Pero, Yul, ¿qué haces con ellas?

La morena Katia Novna explicó:

— Nos hallábamos en una misión especial y nos disponíamos a morir al ir a chocar nuestra nave “Centisonic" contra el objeto misterioso y desconocido. Se hizo la oscuridad y ahora estamos aquí.

—¿De qué nave habla? — inquirió Goldie.

—¿Recuerdas el zumbador y la llamada del coronel Duncan? — le preguntó Yul.

— Sí.

— Pues me encargaron la comandancia de una misión muy secreta y especial. Un gran objeto no identificado estaba orbitando la Tierra y debíamos averiguar de qué se trataba. Las tenientes Novna y O'Connor formaban parte del equipo.

— Vas muy bien acompañado en tus viajes — opinó Goldie al observar la belleza y juventud de las dos tenientes.

— Vamos, Goldie, olvida los sarcasmos y explícanos qué es esto.

— He aparecido de pronto aquí, creo que por el mismo sistema que vosotros y no sé nada más, es decir, sí. Tras de nosotros hay una pared de acero o algo parecido y delante un muro invisible que ignoro de qué material estará hecho.

Yul Slade frunció el ceño y caminó hacia delante con cierta precaución, comprobando de pronto que Goldie había dicho la verdad.

Ante ellos había un muro invisible cuya naturaleza desconocían.

Las tenientes también lo comprobaron, caminando a lo largo del mismo hasta topar con las paredes laterales sin hallar hueco alguno.

— Esto es como una jaula — opinó Maggie.

Yul, que emergía casi una cabeza por encima de las tres mujeres, de igual estatura, se dispuso a emplear la fuerza para ver qué tanto resistía aquel extraño muro.

Cargó con su hombro pero rebotó contra aquella especie de pared invisible que ni siquiera vibró, lo que le dio a entender que era muy sólido.

Insistió otra vez y luego probó dando taconazos con sus botas. Fue inútil. Era como golpear contra un muro de hormigón prensado.

— Estamos atrapados aquí los cuatro a menos que venga alguien más — dijo Goldie.

— Pero, por alguna parte deben de introducirnos aire para respirar porque el ambiente no está enrarecido — observó Yul.

—¿Y la luz? — observó Katia Novna —. Parece no salir de ninguna parte y, sin embargo, tenemos una claridad que si no es intensa sí resulta suficiente.

En realidad, la luz parecía irradiada por las propias paredes. En cuanto al aire, no consiguieron averiguar por dónde se les suministraba.

En alguna parte de aquel muro invisible quizá había un orificio por el que penetraba el aire, orificio que no llegaron a localizar.

De súbito, en la parte opuesta de la sala se abrió una compuerta y la luz se intensificó en el lugar donde se hallaban encerrados Yul y las tres féminas, iluminándolos vivamente.

No pudieron ver con claridad a los seres que entraron por la puerta a la sala. Eran seis seres, altos pero de apariencia delgada. Vestían largas túnicas púrpura salvo uno de ellos que era negra.

Sus cabezas estaban descubiertas y pese a la diferencia de luz podía

advertirse que en ellas no quedaba un solo cabello, Sus cráneos parecían más abultados de lo normal entre los hombres terrestres.

Aquellos seres avanzaron en silencio y en fila, al estilo de los monjes de clausura. Fueron sentándose en las butacas encaradas frente a Yul y las chicas. El de la túnica negra quedó en el centro.

—¿Quiénes son ustedes, por qué nos tienen atrapados aquí, cómo nos han traído a esta sala? — preguntó Yul alzando la voz para poder ser oído.

La voz de uno de aquellos seres les llegó claramente. Era una voz gutural pero inteligible y en el propio idioma terrestre.

— No es preciso que griten, les escuchamos perfectamente aunque hablen en voz baja.

— De modo que entienden nuestro idioma.

— SI, nos ha sido muy fácil estudiarlo. Es un lenguaje simple de una civilización tecnológicamente neófita.

—¿Neófita? — repitió Goldie, sorprendida —. Estamos muy avanzados.

- No para nosotros, profesora Lake.
- ¿Conocen mi nombre?

— Sí, conocemos la personalidad de cada uno de ustedes, tanto física como mental. Son entes perfectos y representativos de su especie. Está más que comprobada su forma física, capitán Slade, lo mismo que la de las profesoras O'Connor y Novna. En cuanto a usted, doctora Lake, tras ser nombrada la mujer más hermosa y perfecta de la Tierra, queda bien claro que destaca sobre las demás — continuó diciendo el hombre de la túnica negra.

Su rostro no podía verse bien, ya que permanecían en la penumbra mientras Yul y las féminas quedaban bien iluminados.

—¿De modo que ustedes son los seres que gobiernan este objeto no identificado?

— Sí, nosotros y algunos más que están en los controles.

—¿Y se han acercado al planeta Tierra para observarnos de cerca? — siguió preguntando Yul.

— Sí, con unas cuantas órbitas y nuestros sistemas de teleobservación, tan avanzados que resultarían incomprensibles para ustedes que sólo conocen una tecnología básica. Prueba de ello es la nave en que han llegado.

—¿La “Centisonic"? — exclamó Yul.

— Sí. Es una nave espacial primitiva para nuestro modo de ver.

Yul pensó que era preferible no decir que para ellos era el último avance en la navegación espacial y que ni siquiera estaba comprobada totalmente.

—¿De dónde vienen ustedes? Porque son extraterrestres.

— Sí, y extrasolares también. Venimos del sistema de la estrella Yak, un equivalente al Sol de ustedes, sistema que desconocen por hallarse eclipsado por la estrella Alfa -Centauro, ya que nos encontramos justamente detrás de la misma o lo que es igual, Alfa-Centauro intercepta una hipotética línea recta que pudiéramos trazar entre Yak y el Sol. Nuestro planeta es muy semejante a la Tierra, casi gemelo, ya que en él se dan las mismas circunstancias físicas, químicas y dinámicas.

Goldie preguntó intrigada:

—¿Y nos han escogido a nosotros como entes representativos de nuestra especie?

— Sí — asintió lacónico el alienígena de la túnica negra. —¿Para que transmitamos a la Tierra algún mensaje? — preguntó Katia Novna.

— No. El resto de los terrestres sólo conocerán la insólita presencia de un objeto no identificado en su cielo orbital y la desaparición de una nave que no ofrecía demasiadas garantías. También la extraña desaparición de “Miss Planetarium", que algunos creerán se debe a algún truco que alguien no desea revelar.

— Entonces, ¿qué es lo que se proponen hacer con nosotros? — inquirió Yul, con cierta agresividad.

— Primero haremos un consejo. ¿Están de acuerdo en que son suficientes, hermanos?

Los restantes miembros que vestían túnica púrpura, asintieron levantando sus diestras y moviéndolas de arriba a abajo

ceremoniosamente.

—¿Qué significa esto?

A la pregunta de Yul, el hombre de la túnica negra explicó:

— Que son ustedes suficientemente representativos de su especie y que nuestra misión queda cumplida. Ya no hay objeto para seguir orbitando el planeta Tierra, único planeta habitado en el sistema solar si descontamos las colonias que ustedes han habilitado en el satélite Luna y el planeta Marte.

—¿Quiere decir que nos llevan prisioneros a su planeta? — inquirió Goldie, asustada.

— Exactamente — aclaró el hombre de la túnica negra —. Daré la orden de regreso inmediato y desapareceremos de todos los controles de alerta que poseen ustedes los terrestres.

—¿Y vamos a viajar aquí en estas condiciones? — preguntó Goldie, inquieta.

— No teman, no se van a enterar de nada, entrarán en una especie de letargo. Nuestra nave viaja a la velocidad de la luz sub-ocho, la velocidad más idónea para no correr el riesgo de cambiar de dimensión en el tiempo. De la misma forma aparecimos aquí. Cuando despierten, tras siete años luz, no habrán sentido nada.

—¿Que cuando despertemos seremos siete años más viejas? — preguntaron las tres mujeres a un tiempo, sorprendidas y aterradas.

— Sí — asintió el hombre de la túnica negra —, pero como si no hubieran pasado. Sus células y su constitución físico-anatómica seguirá exactamente como ahora. En realidad, para ustedes no habrá pasado ni media hora, que será el tiempo que tardaremos en conseguir la velocidad óptima. Esta es otra de las ventajas de viajar a la velocidad de la luz sub-ocho. Nosotros mismos seremos casi idénticos a como cuando despegamos de nuestro planeta Xaphara, pero nuestros contemporáneos de entonces serán catorce años más viejos, es decir, siete de ida y siete de vuelta. Ahora, creo que ya hemos explicado demasiadas cosas. Dispónganse a viajar al planeta Xaphara, un astro del que jamás han oído hablar pero cuya civilización tecnológica está más de un milenio por encima de la de ustedes.

Los seis hombres se levantaron de sus butacas. Con paso lento, pesado, se colocaron en fila disponiéndose a salir.

La teniente Maggie O'Connor golpeó con sus débiles puños el muro invisible mientras gritaba:

—¡Yo no quiero ir, no quiero ir, déjenme aquí!

— Es inútil, teniente O'Connor, somos los prisioneros de esos seres, estamos en sus manos. Su tecnología, obviamente demostrada en la forma en que hemos sido capturados, está muy por encima de la nuestra. Es como luchar con un "Láser" contra un primitivo arco y una flecha y todos carecemos de armas, sólo tenemos lo puesto.

Goldie aspiró hondo. Hinchó los pulmones, irguió su hermoso y perfecto busto y luego dijo:

— Creo que esto comienza a ponerse en marcha. Noto un cosquilleo en mis pies, deben de ser los motores y será mejor que nos pongamos cómodos para el viaje. Ahorraremos tratamientos y palabras si todos nos llamamos por nuestro nombre de pila, ya que vamos a ser compañeros de una larga y misteriosa aventura que ignoramos cómo va a terminar.

— Sí, esos seres son capaces de desintegrarnos para volvernos a integrar en otra parte. Me siento mal aquí dentro, pero por ahora no veo la forma de escapar. Tendremos que aguardar el momento más idóneo para intentarlo. Me molestaría bastante que me pusieran en un zoológico espacial como ente representativo del planeta Tierra.

De pronto, los cuatro comenzaron a sentir vahídos y . sus rodillas se debilitaron mientras sonaba un zumbido y todo se oscurecía a su alrededor. Ignoraban si es que la luz disminuía o es que sus ojos iban perdiendo visión, pero pronto se vieron en el suelo sin caer bruscamente, quedando segundo a segundo más y más aletargados.

La diestra de Yul Slade asió la de Goldie. Katia y Maggie buscaron la zurda del hombre como si éste hubiera de protegerlas de algo en el futuro. Luego, todo desapareció. Era como si de pronto hubiesen entrado en la nada; ya estaban viajando a la velocidad de la luz sub-ocho.

CAPÍTULO IV

Cuando el capitán Yul Slade, piloto de pruebas de naves espaciales, recobró el sentido, era como si despertara de un largo y profundo sueño. Sin embargo, se sentía cansado.

Abrió los ojos y le pareció hallarse todavía inmerso en una rara pesadilla, semejante a la provocada por un narcótico.

Vio un cielo azul, pero no era un azul oscuro ni un celeste como estaba acostumbrado a ver en la Tierra. Era, como lo describiría un pintor, de un azul pastel.

Al volver las pupilas hacia la derecha descubrió algo que brillaba fulgurante en el cielo, algo del tamaño de la Luna vista desde la Tierra pero que despedía muchísima luz.

Quiso levantar las manos pero topó con algo e igualmente en los lados. Comenzó a palpar en derredor sin conseguir doblar sus codos debido al angosto espacio en que se hallaba. Comprendió que estaba dentro de una especie de cilindro, sobre una plataforma.

Vio a uno de los sujetos que vestían túnica púrpura con capucha al estilo de los monjes. Se inclinó sobre él y esbozó una mueca que quiso ser una sonrisa.

Yul Slade pensó que aquel sujeto era un anciano arrugado, sin un pelo en su cráneo, cejas ni pestañas y con bolsas bajo unos ojos de esclera blanco verdosa.

Sus manos casi esqueléticas, ajadas, con manchas en la piel propias del proceso degenerativo de la vejez, dieron una palmada sobre el cilindro que encerraba a Yul Slade.

Descargaron otros tres cilindros, cada uno de los cuales contenía respectivamente a Goldie, Katia y Maggie.

Los cuatro cilindros fueron colocados sobre la misma plataforma o rampa que comenzó a moverse sin vibración alguna. Junto a ellos se habían situado los seis xapharistas que vieran dentro de la extraña nave. Inclinó la cabeza hacia atrás y logró ver aquella gran esfera u objeto no identificado que habían captado orbitando la Tierra. Estaba en una especie de estación espacial detenida sobre tres columnas brillantes que, geométricamente distribuidas, nacían de la especie de hormigón que formaba el suelo.

En aquel instante se estaba abriendo una gran compuerta en la nave alienígena. Se le acercó una gran rampa y por ella comenzó a

descender la "Centisonic", intacta al parecer, sin haber recibido un solo rasguño, arrastrada por un minúsculo vehículo que debía de tener poderosos motores.

“La "Centisonic" habrá viajado también casi a la velocidad de la luz. Cuando se lo cuente al coronel Duncan no va a creerlo — pensó optimista, pues pronto añadió para sí —: Si es que alguna vez vuelvo a ver al coronel Duncan. De momento no cabe duda alguna de que junto con las chicas soy prisionero de estos seres desconocidos, tecnológicamente avanzados pero cuyo tipo de filosofía ignoramos.

La rampa sobre la que se hallaban les descendió, penetrando por la abertura de un túnel rectangular y muy amplio. Yul se dijo que en aquel extraño planeta, pues no le cabía duda de que se hallaban en otro planeta, las instalaciones eran subterráneas.

El interior de los túneles que se abrían en galerías estaban bien iluminados con luz que no hería a los ojos y que, sin embargo, permitía verlo todo.

Miró hacia los lados.

Goldie Lake estaba junto a él y acababa de despertar. Trató de golpear para salir de su encierro pero todo fue inútil. Gritó, por lo menos es lo que supuso Yul, pues no consiguió oírle. El microbikini de “Miss Planetarium” no le permitía llevar el cinturón bolsillero con telecomunicador incluido. Maggie y Katia sí lo llevaban, pero ellas aún no habían despertado de su letargo.

Las miradas de Yul y Goldie se encontraron.

Yul le sonrió infundiéndole confianza, era lo único que podía hacer para detener su principio de histerismo, pánico y temor a lo desconocido además de la claustrofobia propia que podía presentarse al verse encerrada en aquella especie de ataúd cilíndrico y transparente. Katia y Maggie lo soportarían mejor, ya que ambas habían pasado por las prácticas de los viajes espaciales siendo sometidas a toda clase de pruebas.

La plataforma que les transportaba se detuvo en un laboratorio circular y fue cuando Yul pudo constatar que todos aquellos sujetos del desconocido planeta Xaphara eran viejos, ajados, casi esqueléticos.

Se encendieron focos de gran potencia lumínica y los cilindros quedaron muy visibles.

Los observadores entraban ahora por docenas. Todos vestidos de la misma forma, aunque los colores de sus túnicas variaban. Yul dedujo que el color podía representar un cargo, una categoría, quizá una profesión y no un gusto personal.

—¡Sáquenos de aquí! ¡Somos seres inteligentes como ustedes y ésta es una acción hostil, no pueden mantenernos encerrados! — gritó Yul con la esperanza de ser oído. Nadie le contestó.

Los cuatro fueron observados minuciosamente a través de los cilindros. Yul Slade jamás se había sentido tan incómodo y supuso que lo mismo les ocurriría a las chicas.

Aquellos rostros viejos, casi cadavéricos, se inclinaban sobre ellos produciéndoles una sensación desagradable. Su impotencia por librarse del encierro aumentaba su desazón.

Yul quiso comunicarse con Katia y Maggie a través del intercomunicador pero no logró doblar su brazo lo suficiente como para hacerlo funcionar.

Mientras, aquellos sujetos les observaban con ciertas sonrisas de triunfo. Luego, como obedeciendo una señal, se apartaron.

Los cuatro cilindros fueron colocados respectivamente sobre una especie de camillas y conducidos hacia unas compuertas que permanecían abiertas, esperándoles.

¿Qué sucedería con ellos?

Yul forcejeó de nuevo pero todo fue inútil. Las féminas también demostraron su miedo al quedar introducidas en aquellas autoclaves individuales que se cerraron herméticamente. Sin embargo, había luz en su interior.

De pronto, por una válvula que Yul Slade no había descubierto y que se hallaba un par de pulgadas por encima de su hombro junto al cuello, comenzó a penetrar un líquido viscoso y frío, tan frío que semejaba quemarles la carne.

—¿Van a ahogarnos? — se preguntó Yul, lo mismo que las chicas —. ¿Quizá a liofilizarnos?

De pronto, el cilindró comenzó a girar sobre sí mismo como el eje de un motor eléctrico mientras sentían más y más frío. Era como irse congelando.

— Me parece que ésta es una muerte desagradable — se dijo Yul — ¿Dónde terminaremos, en una especie de zoo espacial que estos viejos bonzos esqueléticos posen en alguna parte para curiosidad de sus niños?

Para nada había respuesta.

El cilindro adquirió una velocidad endiablada y Yul notó el líquido viscoso en sus ojos, en su boca, en sus oídos. ¿Precedería aquello a la asfixia total o sería una muerte por congelación?

De nuevo perdieron el sentido, rodeados de la más absoluta oscuridad, sin saber si volverían a despertar jamás ni cuál era el enigma de aquellos viejos esqueléticos que sonreían al verlos encerrados en las cápsulas de cristal.

CAPÍTULO V

Se frotó los ojos. ¿Estaría despertando de una larga sucesión de pesadillas?

Se incorporó sin que nada se lo impidiera. Estaba despierto y se sentía perfectamente bien, quizá algo débil pero nada le dolía. ¿Cómo sería el despertar en la otra vida después de la muerte?

Cerca de él habían tres camas o mejor, triclinios acolchados, sin ropa alguna. En cada uno de ellos yacía una mujer. Una rubia, la otra morena y la tercera pelirroja, las tres bellas y resplandecientes de hermosura.

Su triclinio era idéntico al de las féminas y todos se hallaban en una habitación circular de unos diez pasos de diámetro. No había puertas ni ventanas aparentes. Se respiraba bien, la temperatura era agradable y la luz discreta.

Se puso en pie y su cuerpo osciló a causa de la ligera debilidad de la que estaba seguro se repondría pronto. Se acercó a Goldie y le acarició el rostro. Ella abrió sus ojos y al reconocerlo, se incorporó como impulsada por un muelle, abrazándole.

— Yul, ¿qué pesadilla es ésta?

— No es una pesadilla, Goldie. Estamos viviendo una extraña aventura de la que intentaremos salir como sea, pero hay que esperar una buena oportunidad — dijo tratando de convencerla, aunque él mismo no estaba seguro de sus palabras.

Maggie y Katia comenzaron a despertar en aquellos momentos, incorporándose en sus literas. Todos sufrían una ligera debilidad.

—¡Capitán Slade!

— Llámame Yul, Katia. Somos compañeros de una misteriosa aventura, aunque lo importante es que todos estamos vivos.

—¿Quiénes son esos xapharitas? — preguntó Goldie sin separarse de Yul.

— Ya nos lo dijeron. Unos seres extraterrestres inteligentes con una civilización tecnológica mucho más avanzada que la nuestra.

— Nadie lo diría, a juzgar por sus rostros ajados y envejecidos, sus cuerpos casi esqueléticos — observó Maggie O'Connor.

— No podemos pretender que todos los seres inteligentes del espacio sean exactos a nosotros. Por el momento podemos darnos por satisfechos de hallarnos en una atmósfera y un clima que no nos es hostil. Por cierto, la "Centisonic" también ha sido trasladada a este planeta.

—¿Con qué fin? — inquirió Katia Novna.

— Después de viajar casi a la velocidad de la luz, sólo podemos pensar que desean la "Centisonic" para colocarla en un museo de objetos prehistóricos. Si se enterara el coronel Duncan no se lo creería.

— Yul, ¿qué nos hicieron en aquellos cilindros de cristal, qué fue aquel intenso frío que pasamos y luego la centrifugación o algo que se le parecía? — preguntó Goldie.

— Sé tanto como vosotras. Quizá sólo se tratara de una especie de vacunación múltiple para que no seamos portadores de gérmenes bacterias o virus que puedan serles funestos.

Katia Novna inquirió perpleja:

—¿Una especie de lavado aséptico como recepción? — Podría ser

aunque no es seguro. La verdad es que hasta ahora no nos han tratado como invitados sino como prisioneros.

De pronto, sin previo aviso, una parte de la pared se corrió dejando una abertura de casi tres yardas de amplitud por otras tres de altura.

En el centro de la puerta apareció un hombre vestido con una túnica negra cruzada por una franja diagonal desde el hombro a la cintura en color dorado y de unas tres pulgadas de ancho.

Tras aquel individuo, en perfecta formación castrense, ocho hombres vestidos en púrpura y con las franjas doradas sobre sus pechos.

Aquellos seres tenían mucho en común aparte de la túnica o la franja, pero especialmente sus rostros envejecidos. Eran verdaderos ancianos de casi dos metros de altura.

Los que iban vestidos en color púrpura portaban unas varas metálicas en sus manos de unas veinte pulgadas de largo por una de espesor.

El hombre de la túnica negra y franja dorada se les acercó hasta casi centrarse en la sala mientras los demás custodiaban la puerta.

Las tres mujeres se aproximaron más a Yul como si el capitán pudiera protegerlas de cualquier ataque inesperado.

Tras una reverente inclinación casi oriental, el hombre de negro comenzó a hablarles con su voz gutural, exenta de matices, como venida de ultratumba:

— Bienvenidos al planeta Xaphara, apreciados representantes terrícolas.

Yul se adelantó para observar:

— Parece que por primera vez vamos a mantener un verdadero diálogo.

— Son ustedes bien recibidos en nuestro país.

— Yo diría que más apresados que recibidos. No estamos aquí por nuestra voluntad. Por cierto, ¿quién es usted? Por su túnica deduzco que es de una jerarquía superior a los que le siguen y permanecen ahora en la puerta.

— Así es. Ellos no pueden entenderles, no han estudiado el idioma terrícola.

— Usted parece hablarlo bastante bien — observó Goldie —. ¿Venía en la nave que nos secuestró?

— No. A través de las computadoras, su idioma ha sido totalmente descifrado y preparado para ser asimilado por nosotros. En cuanto a mí, mi nombre es Tox y vengo a ser algo así como el jefe de seguridad de ustedes.

—¿Policía? — preguntó Katia.

— Sí, creo que esa palabra es sinónimo — admitió Tox —. Estos ocho hombres son agentes del orden en nuestra nación y serán los encargados de escoltarlos adonde deseen ir. Yul objetó suspicaz:

— De sus palabras se deduce que podemos ir adonde queramos pero escoltados. ¿En qué quedamos, somos libres o prisioneros?

— Son ustedes libres hasta que el Gran Consejo decida.

—¿Sobre lo que va a ser de nosotros? — preguntó Goldie, asustada.

— Si. Y o sólo cumplo órdenes. Mi misión es cuidar de que nuestras leyes sean respetadas y no haya alborotos. En cuanto a los agentes que les acompañarán, no son para impedir que escapen sino para protegerlos.

—¿Es que acaso el resto de sus coplanetarios quieren lincharnos? — inquirió Yul.

— Es algo más complicado. Aquí hay una especie de movimiento. ¿Cómo lo llamarían ustedes, resistencia? Sí, ésa es la palabra.

—¿Y temen que esos miembros de la resistencia nos ataquen? — preguntó Yul.

— Sí, existe ese riesgo.

—¿Y para qué habrían de querer atacarnos? — insistió Maggie.

— Para devorarlos. Tienen mucha hambre y ustedes, a sus ojos, constituyen un manjar exquisito.

—¿Se trata de una broma o nos está advirtiendo que hay caníbales en este planeta?

Las tres mujeres aguardaron ansiosas una respuesta. La situación cada vez les gustaba menos. No era nada agradable terminar en la mesa de

alguno de aquellos entes casi momificados de aspecto repugnante.

— Hay algunas cosas que deben de conocer antes de cruzar esa puerta para conocer nuestro país.

— Supongo que esos detalles van a explicárnoslos ahora.

— En efecto, capitán Slade. Empezaré por decirles que no hay más representantes del mundo animal en este planeta que nosotros, los xapharitas. Primero murieron los grandes mamíferos, luego los pequeños y la ecología de nuestras aguas también se extinguió. Más tarde, la muerte llegó al mundo vegetal. Hemos de admitir que fue un rotundo fracaso de nuestro mundo tecnológico, un fracaso al que ustedes están comenzando a poner cimientos en su planeta Tierra.

— Si no hay animales ni plantas, ¿de qué viven? — inquirió intrigada Goldie, como profesora de biología que era. — Lo hemos sintetizado todo. Los alimentos son sintéticos en su totalidad. La mente inteligente lucha por combatir la adversidad del mundo hostil que le rodea, pero corremos el riesgo de desaparecer. Al igual que ustedes, recorrimos la historia de nuestra evolución y comenzamos a avanzar, a crecer, a ser más fuertes. De esto hace ya muchos siglos, pero a medida que la polución de nuestras factorías, las toxinas de nuestros productos, iban destruyendo la naturaleza viva, nosotros sintetizábamos más y más cosas en una loca carrera contra la Madre Naturaleza. Le fuimos ganando segundo a segundo, minuto a minuto, hora a hora, día a día, año tras año y así siglos, pero olvidamos algo primordial.

—¿Que ustedes también formaban parte de la Naturaleza? — preguntó Goldie.

— Es usted verdaderamente sagaz, profesora Lake. Nosotros somos parte de esa naturaleza y mientras confiamos en nuestra dietética natural y sintética logramos sorprendentes avances en nuestra biología, pero a medida que disminuíamos la parte natural en nuestra alimentación para suplirla más y más por la artificial, nuestra evolución ascendente fue frenándose primero y al paso de los siglos, retrocediendo. Podríamos mostrarles restos de nuestros antepasados que llegaron a medir cuatro metros y poseían una fuerza descomunal dentro de unos cuerpos atléticos. Ahora nos degeneramos paulatinamente. Perdimos todo el pelo de nuestro cuerpo y las dentaduras desaparecieron. En principio tratamos de remediarlo con prótesis, pero fue una medida que perdió su valor en un siglo, ya que no había nada para masticar. Nuestros cuerpos están flacos y poseyendo una edad equivalente a la de ustedes somos infinitamente

más viejos, más ajados, más degenerados en el sentido físico-anatómico de la palabra.

— Dios mío, parece increíble — exclamó Goldie sobrecogida, al igual que Maggie y Katia —. ¿Y la Tierra corre el mismo peligro que ustedes en su evolución tecnológica?

— Exactamente, profesora Lake, ése es el camino que ustedes han elegido. Han iniciado su lucha contra la Naturaleza y cuando crean haberla vencido se darán triste cuenta de que son parte integrantes de la misma. Se verán forzados a triturar la tierra en factorías y partiendo de ella, sintetizarán todos los alimentos que tragarán en emulsiones líquidas, sobreviniendo entonces la degeneración de la especie. Según nuestros grandes cerebros de la verdad (equivalentes a los rudimentarios cerebros electrónicos que poseen ustedes ahora en la Tierra), cuando hayamos desaparecido pasarán miles de milenios y el planeta se limpiará por sí solo. Se formará una nueva célula que dará origen a otras y de nuevo, la evolución biológica, la eclosión de la vida. Nuevos seres inteligentes irán apareciendo, seres que quizá cometerán el mismo error que nosotros.

— Es un gran mensaje el que nos está dando, Tox — observó Yul —. Lo transmitiremos a nuestros Gobiernos aunque es difícil que nos hagan caso. Por cierto, si esos miembros de la resistencia no poseen dentadura, ¿cómo iban a devorarnos?

— Los triturarán hasta desleírlos en bebidas. No es el placer de masticar lo que buscan sino el de alimentarse, mezclar la comida sintética con la natural y si en lugar de vegetal es cárnica, muchísimo mejor. Cuando recorran las calles, todos les mirarán de la misma forma. Sufrimos una desnutrición crónica pero no deben temer, la guardia de escolta les protegerá. Nuestra situación es muy difícil. Hemos llegado a tal grado de degeneración que sólo uno de cada cien varones que nace es apto para la reproducción y entre las mujeres, tres de cada cien. Estos seres seleccionados son mimados lógicamente en lugares adecuados, muy bien protegidos para asegurar la reproducción de la especie. De lo contrario nos extinguiríamos en poco tiempo.

—¿Quiere dar a entender que todo el pueblo de Xaphara es caníbal? — inquirió Katia Novna.

— Nosotros no lo vemos con la misma repugnancia que ustedes. Su civilización, comparada con la nuestra, se halla muy en el pasado. La necesidad crea el órgano, es una ley a la que ustedes ya han llegado. Los animales comestibles desaparecieron de la faz de nuestro planeta y

como coexistíamos dos razas muy diferenciadas, algo así como los negros y los blancos en la Tierra, comenzó una lucha y ellos fueron perdiendo.

—¿Y los capturaron para devorarlos? — preguntó Yul Slade.

— Si, lo mismo que ustedes cazan un cérvido o una perdiz, sin odio. Era ley de subsistencia, pero aquella raza se extinguió en su totalidad porque era intelectualmente inferior. Vivían de los vegetales y al desaparecer éstos, desaparecieron ellos también.

—¿Segregacionistas? — inquirió Yul.

— En realidad, éramos distintos. Ellos tenían veintitrés pares de cromosomas.

— Como nosotros los terrestres — observó Goldie, profesora de biología.

—¿Ustedes tienen distintos pares de cromosomas? — interrogó Yul.

Tox asintió.

— Sí, a lo largo de los siglos han habido mutaciones en nosotros. Tenemos dos pares de cromosomas más que ustedes. La verdad es que, a estas alturas, la raza terrestre ya no podría cruzarse con la nuestra. Es, y no se espanten, como cruzar un terrestre con un simio superior. El óvulo se destruiría, no habría posibilidad de evolución.

— No podrían nacer hijos — puntualizó Goldie —, como tampoco podrían haberlos entre ustedes y nosotros.

—¿Nos han sometido a pruebas para averiguarlo? — preguntó Yul abiertamente.

— Les hemos sometido a muchas diversas pruebas. Llevan en Xaphara el equivalente a medio año terrestre. —¡No es posible! — exclamó Katia Novna agitando su espesa y negra cabellera.

— Sí lo es. Les hemos sometido a un aletargamiento para efectuar las pruebas necesarias que ya han terminado.

—¿Y podemos regresar a nuestro planeta? — preguntó Yul Slade.

— No, por ahora. Su futuro debe decidirlo el Gran Consejo que es quien tiene el poder en nuestra sociedad monopolítica y monogobernada.

—¿Y cuántos miembros forman ese Consejo? — preguntó Maggie.

— Siete, una anciana representante de cada una de las seis tribus.

—¿Y el séptimo es un hombre? — preguntó Yul oliéndose el matriarcado del planeta Xaphara.

— No, es “Vérité”, el gran cerebro autónomo que sirve de fichero de cuanto sucede y programa el porvenir sin equivocarse. Es el cerebro nuclear más poderoso jamás ideado. Si hay paridad de votos en las decisiones de las seis ancianas, el voto séptimo de “Vérité” es quien otorga, determina y sentencia.

—¿Y el pueblo de Xaphara se ha dejado someter por una máquina? — preguntó Yul irritado.

— “Vérité” no es una simple máquina o artefacto nuclear, como quiera llamarlo. Es lo más perfecto que existe, es más sabio y lógico que nosotros. “Vérité” siempre tiene razón, jamás se equivoca. Es superior y, naturalmente, tiene ese voto decisivo en el Gran Consejo que decide la vida de nuestro pueblo. Ahora, creo que ya hemos hablado demasiado. El resto de cuanto les interese conocer ya lo irán sabiendo durante los días venideros.

—¿Y siempre nos escoltarán estos hombres que no entienden nuestro idioma? — preguntó Yul.

— No, estamos preparando a otros para que puedan servirles de guías.

— Una última pregunta, Tox — dijo Goldie. —

— Veré si puedo responderle.

—¿Cuándo decidirá el Gran Consejo sobre nuestra suerte?

— Ni yo mismo lo sé. Cuando se reúna ya lo darán a conocer. Ah, se me olvidaba. En todos aquellos lugares en cuyo suelo vean una franja color violeta, no la rebasen. Está prohibido el paso.

— Y si lo hacemos, ¿qué puede ocurrirnos? — preguntó Yul.

— Supongo que no desea morir todavía, capitán Slade. Los propios xapharitas que rebasen las franjas violeta sin llevar la consiguiente contraseña consigo son desintegrados. Nuestras leyes son algo duras, incluso con nuestro propio pueblo. La piedad es algo que aún les queda a ustedes, pero es un sentimiento que hace siglos desapareció

de nuestro planeta. De no recurrir a los archivos de la historia, ni siquiera conoceríamos el significado de dicha palabra. Ahora, feliz estancia en Xaphara, terrícolas.

Tox hizo de nuevo una ceremoniosa reverencia. Les dio la espalda y se alejó.

Los agentes de seguridad continuaron en la puerta, aguardándoles.

—¿A qué esperamos? — dijo Yul —. Por si alguna vez regresamos a la Tierra, visitemos el planeta Xaphara. Por lo menos tendremos algo que explicar.

CAPÍTULO VI

Los túneles subterráneos en que se hallaban inmersos resultaron bastante aburridos. De cuando en cuando se topaban con un pasadizo lateral cruzado de pared a pared por la prohibitiva franja violeta que era muy luminosa. La miraban y seguían adelante sin acercarse a ella.

— Tener unos guías que no nos entienden resulta poco práctico — observó Goldie Lake, que se veía obligada a llevar por todas partes su capa de terciopelo como si se tratara de una reina.

— No debemos confiarnos. Quizá alguno de ellos sí conozca nuestro idioma y escuche en todo instante cuanto digamos — observó Yul para mantener la prudencia.

— Mirad, parece que allí el túnel tiene una salida exterior, la rampa es ascendente — observó Maggie.

— Veamos qué hay afuera, aunque me gustaría saber qué clase de arma son esas barras metálicas que portan los sujetos de nuestra escolta.

—¿Serán como porras para golpear? — inquirió Katia. — No creo que sean eso tan sólo teniendo en cuenta su avanzada tecnología. Quizá esas barras brillantes tengan algún objetivo más letal que el de propinar un simple golpe.

Mientras ascendían por la pendiente del túnel seguidos por la escolta

que no les imponía dirección alguna, pues se limitaban a dejarles vagar a su libre albedrío, Goldie comentó aliviada:

— Menos mal que se han dado cuenta de que el cruce de nuestras razas no tienen objeto. Hubiera preferido la muerte a que uno de esos sujetos me tocara.

Por su parte, Maggie O'Connor observó:

— Pues a mí no me ha hecho gracia alguna eso de pasarme medio año aletargada y observada como un cultivo de laboratorio a través del microscopio.

— No puedo basarme en nada concreto, pero tengo la sospecha de que han tratado de hacernos algo — observó Yul.

—¿El qué? — preguntaron las tres un tanto asustadas. — No lo sé, sólo es una sospecha. Parece que nuestros cuerpos no han sufrido desgaste alguno. Quizá han vaciado nuestras mentes para conocernos mejor.

—¿Y qué habrán pretendido con ello? — preguntó Katia Novna.

— Pueden obtener información a través de nosotros y tratar de invadir la Tierra, ya que Xaphara está muerto — observó la pelirroja Maggie.

— No, no les creo con la capacidad ofensiva suficiente para efectuar un ataque en masa a la Tierra. Es cierto que su tecnología es más avanzada, pero no son suficientes en número y más para viajar a la velocidad de la luz sub-ocho. Quizá la nave que nos ha traído sea la única que posean con tal poder de alcance. Es una de las cosas que seria interesante averiguar.

—¿Cuánto tiempo tardaríamos en regresar a la Tierra a bordo de la "Centisonic"? — preguntó Katia.

— Lo ignoro — respondió Yul —, pero si no ha sido dañada y tampoco su sistema de hibernación, sólo habrá que marcar la ruta en la computadora, hibernarse y esperar que ningún meteorito estorbe nuestro camino. Automáticamente, cuando estuviéramos en órbita terrestre, despertaríamos, pero quizá habría pasado un siglo suponiendo que hubiéramos dado el máximo impulso a la nave.

—¿Tampoco habríamos envejecido ese siglo? — observó Goldie.

— No, pero todos los seres de la Tierra nos serían extraños. Sin

embargo, y pese a todas esas dificultades, es lo mejor que nos podría pasar en estas circunstancias. Podríamos contar en la Tierra a nuestros nietos, que serían algo más viejos que nosotros mismos, la experiencia que hemos vivido. No creo que los xapharitas tengan interés alguno en regresarnos a la Tierra en su nave interestelar que les debe de causar un gran gasto de energía y esfuerzos de los que no parecen disponer. Han tenido que esperar un mínimo de catorce años para averiguar el éxito de la expedición a la Tierra y catorce años para estos seres que envejecen tan pronto, significarán muchos años. Yo diría que están angustiados buscando una solución al riesgo que corren de desaparecer.

—¿Y crees que la solución a su problema la buscan en nosotros? —preguntó Goldie.

— Tengo la intuición de que sí y también de que algo marcha bien para ellos y que su plan, totalmente desconocido y misterioso para nosotros, sigue adelante.

Maggie miró a los guardianes de la escolta y se horrorizó ante sus rostros casi esqueléticos. Un escalofrío recorrió su espalda. El xapharita la miró sonriendo y no sería precisamente por considerarla bonita. Aquel sujeto, como todos los otros, era asexual, una especie de eunuco incapaz de la reproducción y vitalidad varonil. Si aquel ser la observaba de aquella forma sería por imaginarla como un excelente plato de mesa.

— No pensarán solucionar su problema de alimentación devorándonos, ¿verdad? — preguntó Maggie, preocupada —. Como todos ellos son caníbales.

— No temas, no van a morderte — puntualizó Yul —, carecen de dentadura, sólo tienen una callosidad en las encías. En cuanto a solucionar su problema convirtiéndonos en foie-gras, no creo que sea viable. Sólo podrían comer unos cuantos privilegiados y la selecta comida no duraría mucho tiempo. La solución que ellos tratan de hallar debe de ser más complicada y tener cierta relación con el aletargamiento a que nos han sometido durante tanto tiempo. Creo que una de las primeras cosas que debemos averiguar es ésta: ¿Qué solución pretenden dar a su problema de extinción de la especie y qué parte tenemos nosotros en ella?

Tras caminar apenas unos diez minutos por el exterior pudieron darse cuenta de que se hallaban en una especie de macrociudad edificada con mucho cristal, metal y hormigón a semejanza de las modernas

urbes terrestres. Yul observó:

— Parece como si todo esto careciese de vida.

—¿Abandonarían la superficie cuando comenzó el envenenamiento de la atmósfera? — observó Goldie.

— Quizá esta sociedad fue en otros tiempos multimillonaria en seres y ahora apenas cuente con unos cientos de miles. En tiempos pretéritos los edificios debieron de ser verdaderas colmenas humanas y ahora se hallan vacíos.

— Buenos lugares para esconderse esa supuesta resistencia de que nos ha hablado Tox, jefe de seguridad — opinó Katia Novna.

Siguieron caminando por calles y avenidas de la acrópolis que más parecía una necrópolis o por lo menos inspiraba tal impresión.

Sin embargo, los cuatro tenían la sensación de ser observados por ojos ocultos tras los muros o cristales, a distancia. Sin darse cuenta, caminando no habían escogido la salida subterránea que conducía a la estación espacial, sino la que daba paso a la gran ciudad, posiblemente antecesora de la nueva urbe subterránea.

— Nuestra civilización terrestre, como ha dicho Tox, corre el peligro de que le suceda esto — observó Goldie —. Las grandes ciudades en las que tanto se codiciaba un palmo cuadrado, pues valía más que el mismísimo oro, terminarán siendo abandonadas. Su atmósfera estará totalmente envenenada, será la muerte de todos sus habitantes. La raza se irá degenerando hasta hacernos semejantes a estos seres que ahora nos repugnan por su deprimente estado físico.

— Ese callejón parece conducir a una gran plaza. Vamos por él — pidió Maggie.

Cuando se hallaban a mitad del callejón se vieron atacados súbitamente por varias docenas de aquellos seres que vestían túnicas más cortas, sucias y harapientas.

Blandían los objetos más heterogéneos como barras de acero, cadenas, piedras y pedazos de gruesos y afilados cristales sueltos a maderos a modo de hachas primitivas. El ataque resultó furioso.

Gritaban algo que Yul y las chicas no entendían, pero Yul sí comprendió que si caían en manos de aquellos seres iban a pasarlo muy mal. Había que defenderse antes: de convertirse en proteínas

regenerativas para aquellos seres desesperados.

A Yul Slade, hombre fuerte, atlético y preparado para la lucha, le fue fácil desembarazarse inmediatamente de algunos de aquellos tipos que se les echaban encima, haciéndolos volar por encima de su cabeza, estrellándolos contra el suelo, derribándolos a puñetazos o enviándolos a bastante distancia a puntapiés utilizando el primitivo pero siempre eficaz karate.

Las tres mujeres, agrupadas, resistieron haciéndose con armas caídas como hierros y cadenas mientras la escolta se las veía y deseaba para controlar la situación. Pronto, el suelo se llenó de sangre, más rosada que roja, de los xapharítas.

Algunos miembros de la escolta emitían fuertes pitidos con un objeto que se habían introducido en sus respectivas bocas al tiempo que las extrañas barras metálicas que portaban despedían algo invisible, pero el que quedaba frente a ellas recibía una fuerte sacudida cayendo al suelo para no volver a levantarse.

Sin embargo, los hombres de la escolta eran atacados por la espalda, ya que los agresores eran muy numerosos. Parecía que cada vez brotaban en mayor número por las puertas o se lanzaban desde algunas ventanas.

Las tres jóvenes protegían sus espaldas contra el muro de un sólido edificio que apenas dejaba ver la luz, el fuerte azul del cielo de Xaphara.

Yul estaba delante de ellas, tratando de impedir que aquellos caníbales se acercaran a las mujeres. Sus intenciones eran más que obvias.

El callejón en que se desarrollaba la emboscada se estaba convirtiendo en una auténtica carnicería.

De pronto, hasta ellos llegaron unos pitidos mucho más fuertes y arribaron volando unas pequeñas naves que bloquearon ambas salidas del callejón.

Despidieron un mortífero rayo (Yul supuso que se trataba de un avanzado "Láser") que fue barriendo materialmente a los asaltantes que emprendieron una rápida huida.

Las pequeñas pero efectivas naves-patrulla se enfrentaron con las ventanas de los edificios, disparando su rayo mortífero en busca de los rebeldes que huían escondiéndose entre los miles de recovecos que

ofrecía la ciudad de acero, vidrio y hormigón.

Cuando la pelea terminó, las naves quedaron estáticas en el aire, venciendo la gravedad del planeta sin producir ruido alguno con sus motores.

En el suelo había casi una treintena de cadáveres y de los ocho hombres de la escolta que les habían asignado, sólo quedaban tres con vida. Los otros cinco yacían desperdigados con los cráneos aplastados, ya que aquella parte del cuerpo era el lugar preferido por los atacantes para golpear y destruir.

— Dios mío, qué espanto — exclamó Goldie —. Esto es peor que las junglas de que habla nuestra historia terrestre.

— Parece que la civilización no da la paz — dijo Yul Slade observando la masacre que había en derredor.

Lo que le llamó la atención fue que los muertos producidos por las barras relucientes y metálicas que portaban los miembros de la escolta, no tenían herida alguna aparente.

No habían perdido una sola gota de sangre y, sin embargo, por lo desencajado de sus rostros, por lo abiertos que quedaban sus ojos, la muerte debía ser tan dolorosa como fulminante.

—¡Atención, atención, terrícolas, les habla Tox a través de una de las naves de seguridad que están sobre ustedes!

—¿Está ahí arriba, Tox? — inquirió Yul, mirando hacia lo alto. Las naves portaban cristales polarizados y no podía verse a quienes iban en su interior.

— No, les hablo desde el control de seguridad, pero puedo verles perfectamente como si estuvieran en mi despacho a través de las cámaras de las naves-patrulla.

— No ha sido muy gentil el recibimiento del pueblo xapharita — observó Yul, sarcástico.

Tox respondió por los altavoces que resonaron en mitad del callejón,

— Ya les he advertido del movimiento de resistencia que había en nuestro planeta. Son elementos rebeldes e incontrolados que quieren precipitar la destrucción de nuestro pueblo. La verdad es que debí de ponerles un guía. Los agentes de la escolta tenían orden de dejarles

pasear a su libre albedrío, limitándose a protegerlos. Todos lamentamos lo sucedido pero los culpables pagarán cara su tropelía. Los que ahora tratan de escapar serán castigados, ya que hemos cercado la zona, y castigados con la dureza que merecen.

— Por nosotros, la cuenta está zanjada. Ha habido mucha muerte en este maldito callejón.

— Terrícolas, por ahora somos benévolos y pacientes con ustedes, pero no traten de inmiscuirse en nuestras leyes y órdenes. No son de su incumbencia. Ahora, la escolta les conducirá de regreso al túnel y a mi despacho particular. Allí nos veremos.

Se cortó la comunicación con el poderoso Tox y los hombres de la escolta que habían quedado ilesos y recibido también las órdenes por algún otro conducto, iniciaron la marcha de retorno al túnel.

Las dos naves, emitiendo un fuerte zumbido, también emprendieron la marcha protegiéndolos desde lo alto. Goldie Lake se arrebujó en su capa y se apretó hacia Yul que la cogió por los hombros mientras Maggie y Katia caminaban delante de ellos.

— Yul...

—¿Qué, querida? No te esperabas semejante aventura cuando estabas en la pasarela del Aforo Astral y eras nombrada “Miss Planetarium", ¿verdad?

— Por supuesto que no, Yul. Todo esto me horroriza y no puedo negarte que siento tanto miedo que ya he dejado de tenerlo, pero hay algo importante que también tengo. —¿Y qué es? ¿Frío, acaso hambre?

— No. Una de esas armas que utilizan los agentes de la escolta.

— No me digas que has podido conseguir una.

— Sí, en la refriega, uno de la escolta ha caído con el cráneo partido cerca de mí y era tal la confusión que he recogido el arma que tenía en la mano. El funcionamiento es sencillo, sólo hay que apuntar hacia el que se quiere matar y oprimir un diminuto resorte, apenas perceptible.

—¿Dónde tienes esa arma?

— Escondida en la capa. Por un pequeño descosido la he introducido

entre el ribeteado de armiño blanco y el terciopelo rojo propio de la capa.

— Bien, Goldie, puede sernos muy útil. Lo importante es que no la descubran.

—¿Crees que la notarán a faltar cuando recojan los cadáveres del callejón?

— No creo. Pensarán que alguno de los asaltantes se la ha llevado en su huida para atacar con algo más eficaz cuando se presente otra ocasión. Espero que podamos camuflarla bien. Ignoro cuándo nos podrá servir, pero por lo menos es la primera cosa efectiva que tenemos en nuestro poder.

Orgullosa de su acción, Goldie se apretó contra el hombre que la estrechó con más fuerza. Se fijó luego en las cabelleras morena y pelirroja, frunció el ceño y preguntó:

—¿De veras ellas no te interesan como mujeres? — Aparte de hermosas, son dos chicas inteligentes y eficaces, dos excelentes colaboradoras, pero tú eres otra cosa para mí, puedo asegurártelo, lo malo es que nos han asignado una habitación comunitaria prescindiendo del sexo al que ellos, por sus especiales circunstancias degenerativas, no dan ninguna importancia.

— Si se enteraran las mujeres de este planeta de lo masculino que tú eres, creo que ibas a pasarlo muy mal, Yul — se rió la muchacha cuando ya llegaban al túnel de entrada al subterráneo donde, al parecer, las fuerzas del monogobierno se hacían fuertes contra los seres que vivían en el exterior, entre el cristal, acero y hormigón, como las fieras salvajes vivirían entré las plantas, arbustos y grandes árboles.

CAPÍTULO VII

El despacho control de Tox, jefe de seguridad de Xaphara, era espacioso, de forma octogonal. Cada uno de los planos que formaban

las paredes era una pantalla, incluyendo la puerta que, al cerrarse, era como una pantalla más que podía entrar en funcionamiento, accionando los controles de mando que Tox tenía a su alcance.

Tox se hallaba sentado dentro de una especie de mesa circular repleta de botones, conmutadores y puntos luminosos de señalización.

Toda la mesa giraba a su voluntad y desde aquel lugar podía controlar todo el planeta, es decir, los lugares donde pudiera haber una cámara observando.

Al otro lado de la mesa de Tox había otro ser vestido también con túnica púrpura, pero portando una franja amarilla de cuatro pulgadas que cruzaba su pecho en horizontal,

No había un solo cabello en su cráneo, cejas o pestañas, y al igual que los demás xapharitas que habían visto carecía de dentadura. Su piel aún no estaba ajada, pero no tardaría mucho tiempo en parecer un esqueleto viviente como los demás de su especie.

Por la forma en que se sintió observado, Yul Slade se percató de que aquel xapharita era del sexo femenino aunque ninguna redondez en su cuerpo lo delatara. En realidad, no podía hablarse de sexo entre aquellos seres, ya que cuando uno quedaba apto para la reproducción era apartado rápidamente y trasladado a una especie de granja.

Los demás carecían de masculinidad o femineidad, era el triunfo o la desgracia del unisexo, según como se mirase. Sin embargo, aquella xapharita debía de conservar algo del sexo femenino en su psiquismo, a Yul Slade le bastó su intensa mirada para constatarlo.

— Me satisface que se encuentren bien y no hayan resultado heridos en el sangriento y desgraciado ataque de que han sido objeto — les saludó Tox.

— Atacaron con objetos contundentes pero carecían de fuerza. Su debilidad es acentuada.

— Sí, hay que admitir que algunos están subalimentados, pero sólo son esos miembros de la resistencia que se esconden dentro de la macrociudad abandonada. Están fuera de la ley y les cuesta obtener el alimento indispensable. Por supuesto, tienen amigos o partidarios dentro de nuestro Gobierno que les ayudan proporcionándoles las vitaminas y proteínas para seguir subsistiendo. Nuestra labor es descubrirlos y darles el justo castigo.

—¿Tan difícil es limpiar la ciudad?

— En apariencia es sencillo, un gas, un ataque minucioso, pero no es tan fácil. Como ejemplo están las ratas de sus grandes ciudades terrestres. Hacen un exterminio que parece definitivo y, sin embargo, a los pocos años vuelven a haber más ratas que habitantes. A nosotros nos ocurre algo similar pero en adelante ya sabrán mejor por donde deben de ir y por donde no para no correr el peligro que ha costado la vida a cinco agentes de seguridad. Alat, aquí presente, será su guía por todo el tiempo que sea preciso. Ha asimilado en su cerebro todos los aspectos indispensables respecto a su civilización terrestre y también su idioma, de modo que no sólo sabrá hablarles y responderles sino explicar con ejemplos comparativos lo que no sea fácilmente comprensible.

— Bien, Tox, pero quisiéramos saber cuándo se reunirá el Gran Consejo para decidir sobre nosotros. No nos gusta tener una incógnita por futuro.

— Cuando sea oportuno se les comunicará. Ahora, ni yo mismo lo sé. Por cierto, se están capturando algunos de los asaltantes que les han atacado. Serán enjuiciados rápidamente y ejecutados en la gran plaza. Ustedes asistirán como miembros invitados a la ejecución.

— No creo que nos agrade ese espectáculo — dijo Goldie —. Si nos dispensa de el se lo agradeceremos.

— En absoluto. En nuestro planeta, el perjudicado tiene el privilegio de presidir las ejecuciones aunque sólo sea mera y pura fórmula. Con unos minutos de presencia bastará.

—¿Acaso las ejecuciones durarán mucho tiempo? — preguntó Katia.

— Sí, cuarenta y ocho horas. Ahora, discúlpenme, tengo muchas cosas que controlar.

Alat se adelantó, acercándose más a Yul que a las tres féminas terrestres.

— Síganme. En el hábitat que se les ha acondicionado tienen el servicio de alimentación preparado.

En silencio, Alat les condujo hacia la estancia circular en la que fueran habilitados los cuatro triclinios acolchados en los que habían despertado.

Junto a cada triclinio había una pequeña mesita rodante con tres vasos en cada una. En cada vaso, una emulsión de distinto color, bastante espesa.

—¿Esta es nuestra comida? — preguntó Yul.

Alat respondió con su voz bastante más fina de lo que estaban acostumbrados a oír entre los xapharitas:

— Así es.

— Pues no podemos decir que sean ustedes unos excelentes gourmets — opinó Maggie O'Connor mirando con cierto malestar las extrañas y densas bebidas.

— Tómenlas despacio, ensalivándolas primero. Así, la digestión será más óptima. Esos vasos contienen lo indispensable para vivir, proteínas, vitaminas, sales minerales, de todo.

Goldie tomó un vaso y objetó molesta:

— Ya, todo lo suficiente para degenerarnos, perder el pelo, la dentadura, la condición de sexo y convertirnos en esqueletos vivientes.

Alat forzó una extraña sonrisa que semejó una mueca. — No teman, eso no sucede de inmediato. El proceso degenerativo es lento, a través de generaciones. Creo que la razón no podría soportarlo si la degeneración física fuera inmediata. Los hijos que pudieran tener saldrían como ustedes, pero a cada generación siguiente se perdería un poco hasta llegar al estado en que nos hallamos nosotros. Nuestra especie está condenada a desaparecer y lo mejor que podría pasarnos es una aniquilación total, un genocidio, una especie de suicidio colectivo. El planeta ha muerto, nosotros lo liquidamos, lógico es que muramos nosotros con él. Que se purifique a través de millones de años y luego aparezca una nueva célula que dé origen a una vida sana y no esta vida totalmente artificial que mantenemos ahora.

— Parece usted partidaria del suicidio colectivo — opinó Goldie.

Alat observó a la mujer con detenimiento, ya que Goldie se había quitado la capa para estar más cómoda y había quedado con el microbikini con el cual la eligieran “Miss Planetarium”.

— Si yo fuera una mujer como usted, profesora Lake, no pediría el suicidio. Si pensara que uniéndome al capitán Slade podría tener hijos

sanos, hermosos, fuertes y vigorosos como él, no pediría el suicidio. En cambio, nuestra especie no puede ya regenerarse. Todos los animales y plantas han muerto, sólo quedamos nosotros agonizando lentamente en una lucha de conciencias que Tox se empeña en mantener.

—¿Me equivoco si pienso que usted pertenece a la resistencia? — preguntó Yul aventurando aquella observación. Ninguno de los escuálidos músculos de Alat se conmovió en su rostro. Lo miró fijamente. Era obvio que se sentía atraída por el hombre aunque sólo fuera psíquicamente.

—¿Es que piensa denunciarme a Tox? — inquirió.

— En absoluto. Nosotros no tenemos por qué inmiscuirnos en los asuntos de su planeta.

— Pues debieran inmiscuirse.

Se apartó de ellos y fue a un lado de la pared. La frotó de forma especial con la mano y luego dijo:

— Ya no nos escuchan ni nos observan desde el puesto de control. Pensarán que la cámara se ha averiado. Por supuesto, darán el aviso y comenzarán a repararla pero durante esos minutos podemos hablar con tranquilidad.

Las tres mujeres miraron preocupadas a Alat.

Goldie se sintió avergonzada ligeramente. Era cierto, ella era la esplendidez de la belleza femenina mientras que a Alat lo mismo podía tomársela por un hombre, si es que ser hombre en Xaphara significaba tener alguna particularidad física especial.

—¿Qué ha querido decir con eso de que debería interesarnos?

— Está bien, voy a jugarme la vida. Sí, soy de la resistencia, de los que luchan por la desaparición rápida y total de nuestra especie. No quiero más degeneración paulatina, ésa es nuestra lucha.

Yul objetó mordaz:

— Pues los que nos han asaltado en el callejón no tenían ansias de morir precisamente. Al parecer querían capturarnos.

— Quienes les han asaltado no pertenecen a la resistencia.

—¿Ah, no? — inquirieron perplejas las féminas. —¿Quiénes eran entonces? — preguntó Yul.

— Delincuentes comunes, desertores de las minas, gentes incontroladas que se rebelan al régimen de Tox.

—¿El régimen de Tox? Creí que era el régimen dispuesto por un Consejo de siete — observó Yul Slade. — Tox es realmente el emperador de Xaphara, aunque hace creer a todos que son las ancianas representantes de las seis tribus quienes mandan junto con la computadora, la cual tiene el voto decisivo. Sin embargo, “Vérite” está realmente manejada por la hábil mano de Tox. El plan de regeneración de la especie a costa de ustedes, los terrícolas, es idea de Tox. Le ha preguntado a “Vérite” si el plan surtiría efecto y la computadora ha contestado que no era computable el resultado total del experimento, aunque sí es positivo en sus aspectos parciales.

— Estamos confusos, Alat. ¿Cuál es el plan sobre nosotros?

Por primera vez vieron una sonrisa completa en el planeta de Xaphara, pero era una sonrisa preñada de sarcasmo.

— Cuando lo averigüen se horrorizarán, puedo asegurárselo. El movimiento de resistencia que trata de destruir a Tox y a todos nuestros congéneres en un holocausto final, para el que no hemos conseguido todavía los medios precisos, está en contra del plan regenerativo de Tox.

— ¡Díganoslo de una vez! — pidió Katia Novna, ansiosa.

— Me jugaré ser capturada y, en consecuencia, juzgada y sentenciada a una muerte lenta, pero por todos los medios trataré de que vean con sus propios ojos el plan regenerativo. Lo que también deseo que sepan es que aprovecharán la ocasión del asalto de que han sido ustedes objeto para sacar a unos cuantos miembros importantes de la resistencia que están encarcelados en lo más profundo de nuestra ciudad subterránea. Le darán una muerte lenta acusándolos de un delito que no han cometido. Es una forma de que el pueblo les vea morir directamente o a través de las pantallas visoras. Su ejecución, que no será más que un asesinato metódico y calculado, quedará justificada.

—¿Cree que la muerte de Tox cambiaría las cosas? — preguntó Yul.

— No — denegó Alat —. Tox tiene sus seguidores y la "Vérité" ya actúa por sí sola. Tox seguiría gobernándonos aún después de muerto,

la destrucción ha de ser total.

—¿Y si se destruyera la "Vérité"? — preguntó Yul. — Eso es lo que está intentando la resistencia. Cuando la computadora quede aniquilada, todo el poder de Tox se vendrá abajo y podremos activar los mecanismos que se hallan en la nave de control para que la temperatura del planeta aumente progresivamente. De esta forma, con la energía que poseemos en el subsuelo', en sólo una hora el hormigón se convertiría en lava mezclada con el acero y el vidrio derretirlo. Por los túneles de la ciudad subterránea se extendería esta lava inundándolo y destruyéndolo todo.

— No me parece bien ese suicidio colectivo — dijo Yul. — Si viviera en este planeta lo comprendería mejor. Mírenme, yo sólo tengo diez años.

—¿Diez años? — repitieron las tres mujeres anonadadas.

— Sí, tenemos un proceso de crecimiento muy rápido. Hace tres siglos, nuestros metabolismos fueron cambiando y la glándula hipófisis, responsable del crecimiento, modificada. Hemos avanzado mucho en esta ciencia de las glándulas, pero todo fracasa ante la improcedente alimentación pese a los esfuerzos de nuestros científicos. Somos adultos a los cinco años, y en cinco más ya somos lo que yo soy. Nadie llega a los cuarenta, las ancianas del Consejo sólo tienen treinta.

— Y Tox, ¿cuántos tiene?

— Se le suponen veinticinco. Es un hombre de gran poder. A los siete años ya estaba a cargo de la "Vérité", y a los ocho se hizo con el poder que ahora tiene tras la misteriosa muerte de su antecesor. Ahora, será mejor que se alimenten, tienen mucho que ver todavía y la cámara de vigilancia y observación pronto estará reparada.

Preocupados, bebieron los tres extraños líquidos, insípidos y desagradables. Era como tomar una papilla para radiografiar el estómago, pero si aquello les daba proteínas y vitaminas, aunque fueran sintéticas, valía más tomarlo por si en un futuro próximo necesitaban tener todas sus fuerzas para luchar contra quienes hiciera falta.

CAPÍTULO VIII

La guía Alat se hizo con un vehículo de seis plazas provisto de cristales polarizados. Dentro de él fueron recorriendo la ciudad subterránea. Salieron de ella por una gran abertura de rampa que conducía a la estación espacial.

—¡Mirad, ahí está la "Centisonic"! — observó Katia. —¿Sabe si la han tocado? — preguntó Yul a la guía. — No, si se refiere a si la han destruido. Nuestros técnicos la han estudiado, hallándola de lo más rudimentario.

— También una prehistórica bicicleta puede rodar sobre el asfalto y a bastante velocidad — observó Yul con sarcasmo.

— Su nave podría efectuar el viaje de regreso imprimiendo las órdenes oportunas en la memoria del control automático.

— Sí, pero desconocemos las distancias, el apogeo y perigeo de Xaphara con respecto a su sol Yak y otros cálculos espaciales que nos serían muy difíciles de obtener.

— Yo podría conseguir esa información que precisan para su regreso a la Tierra — dijo Alat, que tripulaba la pequeña nave que les mostraba parte de lo que constituía la capital de Xaphara.

—¿Cómo? — inquirió Yul, interesado.

— Sacándolos de la memoria de nuestra nave esférica, la nave en la que vinieron ustedes. Sólo tendría que hacer las preguntas y obtendría las respuestas en una cinta magnética semejante a las de su "video-tape”. Luego, la traduciría a su sistema, ya que poseemos todos los datos respecto a su idioma, guarismos y sistemas de cálculos, y les podría entregar los datos aptos para ser pasados a su nave terrícola.

—¿Y cuánto tardarían en todo esto?

— No sé, quizá unas horas. Si era descubierta, nunca, porque sería ejecutada.

— Si me explica la forma de arribar a la nave esférica, yo lo intentaré — dijo Yul.

— Jamás llegaría. Poseemos unas insignias debajo de nuestras túnicas

que al aproximarnos a las áreas que nos están permitidas abren los campos de fuerza. Si no es así, no podría pasar. Por cierto, el sistema ya caduco de navegación hibernada que llevan en su "Centisonic" está perfectamente. Nosotros dejamos de utilizarlo cuando se descubrió la velocidad sub-ocho sin peligro de caer en la cuarta dimensión.

—¿Cuándo tardaríamos en regresar a la Tierra? — quiso saber Goldie, vivamente interesada.

— Depende del impulso que consiguiéramos al salir de la órbita de Xaphara — repuso Yuy —, pero todo esto sólo son utopías. Con las armas que poseen aquí creo que ya más lograríamos despegar y menos sin rampa de lanzamiento, ya que de esta forma el despegue sería más lento. — Pero si lo consiguen podrán alejarse. La nave esférica es la única nave espacial que Xaphara posee en la actualidad. Toda la tecnología y los esfuerzos se invirtieron en ella, ya que otras naves fueron saboteadas y destruidas.

—¿Por la resistencia? — quiso saber Yul Slade.

— Era inútil sacrificar vidas. Les parecerá absurdo, pero lo que deseamos es eliminar la esclavitud a que se ven sometidos los obreros de las minas o fábricas. Cuesta demasiado una nave. En fin, son problemas nuestros, pero puedo adelantarles que existe un plan para destruir la nave esférica que les trajo aquí pese a hallarse muy vigilada.

—¿Creen que es lógico destruir un ingenio tan perfecto? — inquirió Yul.

— Sí. Con él se terminarán nuestras falsas posibilidades en el futuro. Esa nave ha explorado cientos de planetas, orbitándolos hasta llegar al planeta Tierra. Fue allí donde encontraron lo que deseaba Tox.

—¿A nosotros? — preguntó Yul. — Sí, a ustedes.

Se hizo un tenso silencio mientras Alat desviaba la nave bruscamente por un pasadizo, introduciéndola por una puerta que se abrió a su paso y que cerraba un alto muro de acero y hormigón. Al otro lado había una explanada.

Alat se acercó cuanto pudo a la edificación que tenía todo el aspecto de una factoría aséptica con guardias en las puertas. Yul los identificó por el color de las franjas diagonales de sus pechos y las varas, una de las cuales mantenía Goldie camuflada en el borde de la capa de armiño tratando siempre de que no se notara.

—¿Adónde hemos llegado? — preguntó Maggie cuando la portezuela de su lado se abrió para que pudiera apearse. — Es la granja de Tox — explicó Alat, lacónica.

Los vigilantes les observaron recelosos, prestos a encañonarles con sus extrañas armas.

Alat pronunció unas palabras en su idioma, totalmente ininteligible para los terrestres. Los guardianes se hicieron a un lado. No cabía duda de que aquella xapharita ocupaba un lugar muy alto y destacado entre los colaboradores de Tox, quien ignoraba los pensamientos de Alat y su alineación en las filas de resistencia.

Pasaron a un gran corredor. Sin dejar de caminar, Alat explicó:

— Todo esto sólo es la granja piloto. Ya se están edificando lugares semejantes a éste en distintos puntos del planeta, más grandes, y que estarán óptimamente equipados.

— Pero, ¿granja de qué? — inquirió Yul, suspicaz —. Suena a paradoja tal palabra en un planeta donde no existe la vida vegetal ni la animal exceptuando a los seres inteligentes.

Llegaron a una galería donde se abrían grandes cristales a ambos lados al estilo de enormes acuarios o terrarios. El pasillo central estaba débilmente iluminado y a ambos lados de los corredores había agentes de seguridad, atentos por si sucedía algo.

La visión (le aquella especie de jaulas con paredes de cristal y unas diez yardas cuadradas cada una, les dejó atónitos, fríos primero y luego confusos, vivamente sorprendidos.

—¿Qué significa esto? — inquirió Yul, alzando la voz. — No grite, pero podemos hablar con tranquilidad. Los guardianes no nos entienden, ellos no han sido preparados. Esos niños que ven ahí tampoco hablarán jamás el idioma terrestre, y, en realidad, ninguno.

— Pero, ¡si ésa soy yo! — dijo Goldie, señalando a una niña que pegaba su rostro al cristal —. ¡Soy yo cuando era pequeña, estoy segura!

— Si, y ése soy yo — aclaró Yul —. No cabe duda, y ese otro niño también...

Maggie comenzaba a gritar al quedar encarada con un par de niñas pelirrojas.

Los guardianes de las jaulas de cristales hicieron ademán de avanzar, pero Alat les dijo algo que les contuvo:

—¿Qué significa esto, de dónde los han sacado? Somos nosotros mismos cuando éramos pequeños. ¿Es todo una absurda pesadilla? —inquirió Yul.

— No, no es una pesadilla. Véanlo bien, son ustedes mismos, idénticos en su totalidad salvo dos modificaciones que existen en cada uno de ellos.

—¿Modificaciones, qué modificaciones? No me dirán que los han sintetizado a nuestra imagen y semejanza — preguntó Katia.

— No, eso sería imposible. Un mamífero es demasiado complicado para sintetizarlo completamente. Descubrimos la teoría de la separación cromosómica demasiado tarde, porque ya todos los animales habían muerto, pero ustedes, que han sido traídos de otro planeta, han sido experimentados y todo está saliendo perfectamente para gran satisfacción de Tox, que cuando sepa que estamos aquí va a molestarse bastante.

— Queremos saber quiénes son estos niños que tanto se nos parecen — dijo Yul, casi amenazador.

— La teoría el algo difícil de explicar en pocas palabras, pero es un procedimiento idéntico a la obtención de nuevos vegetales en el planeta Tierra utilizando el sistema de los esquejes.

—¡Es absurdo! — exclamó Goldie —. No pretenderá decirnos que han arrancado un pedazo de nuestro cuerpo, lo han plantado y han salido estos seres idénticos a nosotros.

— Explicado así, tan sencillamente, no, pero lo entenderán mejor si piensan que cada célula del cuerpo de ustedes los terrestres está constituida por veintitrés pares de cromosomas en los que está impresa toda la memoria genética de multiplicación biológica. Esos veintitrés pares de cromosomas son los que comienzan a multiplicarse en proporción geometría a partir de la fecundación, convirtiéndose en millones de veintitrés pares que constituyen los cuerpos que ahora tienen.

—¿Hemos de entender que nos quitaron algunos grupos de células para poder formar estos nuevos seres idénticos a nosotros?

A la pregunta de Yul Slade, Alat asintió.

— Sí. Nada más llegar fueron introducidos en unas cámaras de centrifugación y sumergidos en una solución especial en la que permanecieron por espacio de un mes, deteniendo su ciclo de vida, pero evitando que murieran. En fin, es un complicadisimo sistema controlado por nuestros científicos. Luego los sacaron de la solución y los regeneraron lentamente hasta que se les permitió despertar tras comprobar que la evolución de laboratorio iba perfectamente. Los grupos de veintitrés pares de cromosomas fueron extraídos de sus respectivos cuerpos sin que quedaran alterados en absoluto y comenzó la vida, ya sintetizada, de esa especie de esquejes humanos terrícolas que comenzaron a desarrollarse tal como estaba previsto, favoreciéndoles la evolución por todos los sistemas.

— No puede ser. Esa niña es igual que yo cuando tenía seis años — observó Maggie, que era la que se había puesto más histérica ante aquellas apariciones.

— Ahora tiene cuatro meses. Su crecimiento es muy rápido y la alimentación proporcionada. Se les da una hora de luz y otra de oscuridad para el sueño, y cada hora de luz se la pasan sorbiendo alimentos científicamente calculados. Ya les he advertido que tienen dos diferencias. Una de ellas es que su glándula hipófisis, que es la que regula el crecimiento, está catalizada para que el desarrollo sea más rápido. En un año justo llegarán al estado de adultos, es decir, como ustedes a los veinte años.

—¿Sólo en un año? — inquirió Yul, perplejo.

— Sí, todos los hechos dan la razón a los científicos que llevan adelante esta granja piloto. Por el momento sólo han podido sobrevivir siete grupos de veintitrés pares de cromosomas de cada uno de ustedes, es decir, en la granja hay veintiocho niños que crecen rápidamente. Cuando la luz se apague, automáticamente dormirán, y cuando se encienda, tendrán ya los líquidos de alimentación preparados.

—¿Y pasarán toda su vida sin salir de ahí dentro? — inquirió Katia, desconcertada y anonadada.

— Sí. Duermen en el catre que hay al final y la jaula se limpia automáticamente mientras ellos duermen. No gastan calorías.

— En otras palabras, los están cebando para que al año justo estén parecidos a nosotros, bien gordos, como puercos — gruñó Yuy, furioso.

— SI, como las granjas de cerdos que ustedes tienen en la Tierra. En un año estarán óptimos para el sacrificio aunque estos primeros no serán sacrificados de inmediato. Participarán en el plan de reproducción cromosómica y sexual, ya que se utilizarán los dos medios, lo que importa es aumentar la cantidad.

— De terrícolas cebados para una alimentación natural no sintetizada — masculló el hombre con una infinita repugnancia.

— Según el plan de Tox y de la diabólica "Vérité", en pocos años se multiplicarán por cientos de miles utilizando el, sistema de esqueje cromosómico (de cada individuo pueden sacarse otros siete iguales) y el de la fecundación artificial.

— Pero si comen la porquería que les dan para alimentarse también se degenerarán — observó Katia.

— Sí, pero a través de los siglos, por ello hay que aumentar las granjas al máximo, según Tox. Cuando la reproducción por fecundación semítica no sea posible, se utilizará tan sólo la cromosómica. Según su plan, siempre habrá carne lista para el consumo, disponible en las granjas que se están levantando.

—¡Esto no vamos a consentirlo! — advirtió Yul Slade, amenazador.

— La resistencia siempre nos hemos opuesto al canibalismo, pero Tox nos acusa precisamente de lo que él está planeando. Quiere consumir la carne de unos seres superiores, idénticos a nosotros, claro que para evitarse problemas posteriores ha efectuado un segundo cambio en esos seres que crecen rápidamente en sus jaulas de cultivo.

—¿Cuál es la otra variante que poseen? Porque, según esa teoría de la herencia, un sujeto debe ser exactamente igual a otro.

— No si se modifican ciertas partes artificialmente.

—¿Y aparte de la glándula hipófisis para aminorar el tiempo de crecimiento, qué han hecho?

— Una radiación microdeutérica en la formación reticular del cerebro. De este modo, esos seres ya no son inteligentes, ya no piensan como lo hacen ustedes o nosotros.

Son como mamíferos cualesquiera. Comen, duermen y nada más. Antes de la inseminación artificial tenían otra misión que realizar, pero ahora, ni eso. Ya lo sabrán por las granjas terrestres de aves y

otras especies que tienen ustedes en su planeta.

— Pero, son distintas. Estos seres son parte de nosotros mismos, están hechos a nuestra imagen y semejanza, no podemos tolerarlo.

—¿Y cómo van a impedirlo, capitán Slade? — preguntó Alat, tratando de hacerle ver la situación con lógica.

— Cuidado, Yul. Si los atacas, los guardianes nos matarán.

— No piensen en cargar contra la pared de cristal, ni golpeándola con un pico conseguirían romperla. Está fuera de su alcance liberar a esas criaturas, capitán Slade. Comprendo lo que pasa por sus mentes, pero los he traído aquí para que vea claramente cuáles son los planes de Tox.

—¿Y a nosotros también nos van a cebar para el sacrificio?

— Eso lo ignoro, profesor Lake, deberá decidirlo el seudo-Gran Consejo. Lo mismo pueden dictar sentencia de sacrificio que ordenar que sobrevivan y aguarden siete años para volver a ser sometidos a tratamiento de extracción de grupos cromosómicos y sacar más niños como los que han visto. La verdad es que me inclino por esto último. Tox querrá conservarlos vivos mientras le sea posible, por si ocurre algún fallo en el plan y los seres de las granjas mueren a causa de una hipotética epidemia. Estando ustedes vivos siempre tiene la posibilidad de repetir el experimento. Su plan es comunicar al pueblo de Xaphara dentro de un año su plan de regeneración progresiva con la carne nuevamente como alimento, mezclada al tanto por ciento con alimentos sintéticos.

— ¡Dios mío, qué horror! — exclamó la teniente O'Connor —. Salgamos de aquí o me volveré loca. No puedo soportar ver a esos niños iguales sacados de nosotros mismos y que están siendo cebados como si fueran pollos o puercos.

— Ahora ya conocen los planes de Tox y creo que no opinarán tan mal de la resistencia. Podríamos pensar en un plan destructivo de la "Vérité" y yo les proporcionaría los datos para que escaparan en su "Centisonic" con destino al planeta Tierra.

—¿Dejando vivos a esos desgraciados seres que son tratados como animales? — preguntó Yul —. Si tengo que escapar de aquí tras salvar a esos niños de la vida que les aguarda.

— No piense en salvarlos —advirtió Alat—. Ellos ya no piensan, no les

entenderían, no saben hablar. Sólo ven la luz que se les da metódicamente cada hora, oyen el sonido que les ordena comer. Atrofiados sus cerebros artificialmente, son como bestezuelas.

— Pues si es necesario los destruiré. Todo antes que terminen convertidos en carne de consumo. Los terrícolas somos seres superiores. Podían haberse traído otra especie de animales desde la Tierra en su nave esférica.

— Desde la órbita en que se hallaba, la nave hizo estudios comparativos biológicos muy avanzados, llegando a la conclusión de que el ser humano terrícola era el único que podía suministrar a los xapharitas todos los alimentos nutritivos de que carecemos. Ahora, salgamos, el ambiente se está poniendo muy tenso, y de un momento a otro, Tox se enterará de que les he traído a la granja, lo que puede costarme una sentencia de muerte lenta. Vamos afuera. De pronto, las luces de las jaulas de cristal se cerraron. Había llegado la hora de descanso para aquellos niños que crecían en proporción geométrica.

CAPÍTULO IX

Las ocho horas que se les habían ordenado más que concedido como descanso, las pasaron desvelados, con una extraña sensación de frío en sus cuerpos.

Lo que estaba sucediendo resultaba sobrecogedor. Sus ojos se habían irritado de tanto mantenerlos abiertos. Su debilidad había cesado, ya que pese a estar despiertos habían pasado las horas tendidos en los respectivos triclinios acolchados que se les asignaron como lechos. De pronto comenzó a aumentar la claridad en la estancia. Fue apareciendo paulatinamente una luz suave, artificial, que no molestaba en absoluto y que brotaba de las mismísimas paredes. Era como si éstas se hallaran recubiertas de algún material que despidiera luz cuando se les hicieran pasar electrones u otro tipo de energía desconocida para ellos.

—¿Cómo os encontráis? — preguntó Yul, incorporándose y acercándose al triclinio de Goldie en el que la joven yacía con los ojos abiertos e irritados.

Katia Novna y Maggie O'Connor también se incorporaron sobre sus respectivos triclinios, sentándose en ellos con los pies en el suelo. Goldie continuó estirada con Yul Slade sentado junto a ella.

— Es inhumano e inconcebible lo que están haciendo con nosotros.

— Esos niños que hemos visto en las jaulas son como hijos nuestros, al menos, yo los considero así — dijo Maggie.

— Me horroriza la idea de que los estén cebando para que luego sirvan de alimento a esos seres repugnantes. Son como niños subnormales mentales, carecen de expresión en los ojos, sin embargo, algo me dice que sentían una atracción hacia nosotros.

Yul puntualizó:

— Es que son parte de nosotros mismos, Katia. Ya lo habéis oído, son equivalentes al esqueje de un geranio o un rosal. El esqueje sale con todas las propiedades de la planta de la que ha sido cortado, porque tiene los mismos cromosomas y genes, la misma herencia en el DNA y el RNA. Nosotros, que tenemos inculcado en nuestras mentes el sentido del amor y de la protección hacia lo nuestro, nos sentimos obligados a proteger a esas desgraciadas criaturas que los habitantes de este planeta han creado artificialmente.

—¡Tox es Satanás personificado! — exclamó Goldie. Yul Slade se inclinó y la besó con suavidad en los labios.

Maggie y Katia se sentían atraídas por Yul, su comandante, pero se daban perfecta cuenta de que el hombre amaba a Goldie y respetaban aquel cariño sin escandalizarse ni gruñir.

— Si no se deshacen antes de nosotros o nos sacrifican para que les sirvamos de alimento como seres inferiores que creen que somos, Tox no saldrá adelante con su plan regenerativo de su especie. Aún nos quedan bastantes meses hasta que ellos consideren que esas criaturas están bien cebadas.

— Cuando leyendo la historia de la Tierra descubrí el canibalismo que había existido en Centro Africa o Nueva Guinea, me horrorizaba. Luego, también han habido psicópatas y mentes enfermas — siguió hablando Goldie —, pero creía que todo había quedado en el pasado. Ahora, cuando nos considerábamos totalmente civilizados, descubrimos otro planeta muchísimo más avanzado tecnológicamente que nosotros, que sostienen un canibalismo más técnico, más científico. No se contentan con tener granjas de aves, quieren el

máximo. Como esos seres son inteligentes y corren el peligro de que algún día intenten rebelarse o autodestruirse antes que servir de alimento a esos xapharitas infernales, les atrofian el cerebro y ya no piensan, los convierten en mamíferos de granja, sin posibilidad alguna de evasión.

— Ignoro cómo, pero los destruiremos — expuso Yul Slade, haciendo hincapié en aquella idea —. Esos siete niños que han sacado de cada uno de nosotros y que piensan multiplicar hasta convertirlos en una cabaña de millones de seres aptos para el sacrificio, serán destruidos, es la única solución que tenemos.

— SI, hay que aceptarlo de esta forma. Así ya no serán utilizados para el vil fin con que les están cebando y, al mismo tiempo, en el futuro, no habrá más seres de la Tierra enjaulados tras gruesos cristales esperando la hora del sacrificio — corroboró Goldie.

— Si los destruimos, cosa que me parece bastante difícil, ellos tratarán de extraer de nosotros más grupos de cromosomas para llenar de nuevo sus jaulas de cristal. A la objeción de Katia Novna, Yul insistió:

— Trataremos de destruirlos y sólo nos lo impedirá morir en el empeño. ¿Estáis dispuestas al sacrificio?

— Si — asintieron las tres al unísono.

— Bien. La primera misión consistirá en destruir a esos niños, vaciar la granja. Luego, trataremos de huir por todos los medios hacia la "Centisonic". No hay que dejarse capturar vivos. Si nos quieren, que nos tengan muertos, ya no les serviremos de nada, como máximo para un festín. No conseguirán la reproducción de nuevos seres a nuestra costa.

De pronto se abrió una de las paredes y apareció Alat, una mujer de tan sólo diez años y que semejaba una terrícola de sesenta del siglo veintiuno.

Ni en su rostro ni ademanes notó Yul nada extraño, pero captó nerviosismo en sus pupilas.

—¿Han descansado bien? — preguntó.

— Después de lo que vimos en la granja, imposible descansar — replicó Maggie.

— Les sugiero que se calmen y se comporten con normalidad. Tox

podría dar orden de que fueran trasladados a la granja y sería muy difícil que una vez allí tuvieran oportunidad de escapar.

—¿Por qué se contiene todavía y no nos manda ya a la granja? —preguntó Katia con sarcasmo.

— Aunque tiene las riendas del poder, trata de no oponerse al Consejo del monogobierno. Ustedes, en realidad, están bajo la jurisdicción del Consejo. Tox lo sabe y espera. Si se enfrentara abiertamente al Gran Consejo, contraviniendo sus órdenes, podría desencadenarse una guerra interior que no desea bajo ningún concepto. Prefiere manejar el Consejo a través del gran cerebro electrónico de la "Vérité". Es muy astuto y peligroso, por eso les sugiero que no le provoquen. Podría ser funesto para ustedes. Ahora, atención, voy a colocarme delante de la cámara control que en todo momento les observa. Le daré la espalda, no moveré los brazos, pero usted capitán Slade, estirará su mano hacia mi túnica sin que pueda ser visto por la cámara, que ya está reparada, y cogerá unos pliegos plásticos.

—¿Son los datos que me prometió?

— Sí, capitán, son los datos precisos que debe usted introducir en la memoria de su nave espacial y acto seguido poner en marcha el piloto automático, que tengan suerte y que ningún meteoro se cruce en su camino. También encontrará un plano.

—¿De la ciudad subterránea?

— Sí, con las bocas de salida e indicación de cuál es la más idónea para salir al campo espacial. He averiguado que la nave de ustedes tiene poder ofensivo.

— Sí, va equipada con un cañón láser de gran potencia. — Pues bien, con ese cañón o las bombas termonucleares de que van provistos, disparen sobre la nave esférica, la única que nos queda, ya que como les dije, las otras fueron saboteadas por el movimiento de resistencia con anterioridad.

—¿Seguro que no hay más naves?

— No, las hay que son naves pequeñas que no conseguirían despegarse de la órbita de Xaphara, de modo que si logran subir a su “Centisonic”, antes de despegar o mientras lo hacen, deben de aniquilar la nave esférica o estarán perdidos porque saldría en su persecución o les atraería con su gran poder magnético de control remoto. Si no funciona, la nave esférica está indefensa, sólo protegida

por los agentes de seguridad y un campo de fuerza que se eleva unos treinta pies de altura, pero sólo que ascienda un poco con su "Centisonic" podrán disparar por encima de él contra la nave esférica.

— Gracias, Alat, pero no emprenderemos la huida hasta que consigamos destruir esos esquejes humanos que arrancaron por la fuerza del interior de nuestros cuerpos.

— Eso ya será más difícil que lo consigan ustedes por sí solos, pero el movimiento de resistencia lo intentará.

— No nos basta con que lo intenten. No podríamos partir de Xaphara sin estar seguros de la destrucción de esos seres indefensos que permanecen tras las jaulas de cristal.

Esta vez, Alat sí mostró su nerviosismo oscilando ligeramente.

— No quería decirlo, pero dentro de cuatro horas entrará en marcha un plan de la resistencia para intentar la destrucción de la "Vérité". Si lo conseguimos, tres de nuestros miembros que trabajan en el control del clima pondrán todos los instrumentos a tope y bloquearán la entrada de inmediato. Como ya les advertí, comenzará a subir la temperatura en toda la superficie del planeta y la destrucción será total. No sufran por la granja. Se fundirá como el resto de las edificaciones. Cuando millones de años más tarde surjan otras civilizaciones, no hallarán ni rastro de la nuestra. Cuando noten que la temperatura sube, corran hacia su nave y huyan, porque si no lo hacen entonces, jamás podrán hacerlo.

—¿Qué les ha hecho elegir el día de hoy para la autodestrucción de Xaphara? — preguntó Goldie.

— Los acontecimientos se han precipitado. El ataque de que fueron objeto ustedes en el callejón de la macrópolis abandonada ha servido a Tox como justificante para aniquilar a nuestros principales jefes de la resistencia, que recibirán una muerte lenta en la gran plaza junto a otros delincuentes comunes y desertores de fábricas y minas.

— Y esa muerte lenta, de qué tipo es? — inquirió Katia. — Ya lo sabrán. Ahora les servirán su ración alimenticia, no dejen de tomarla. Luego, volveré para recogerles y llevarles a la gran plaza donde presidirán las ejecuciones.

— Y los que van a destruir la "Vérité", ¿están ya preparados?

— Sí, y dispondrán de un arma más potente que las barras de ondas

ultrasónicas que utilizan ordinariamente los agentes de seguridad. Son un equivalente a los lanzagranadas terrestres, pero sus digamos granadas son sumamente destructivas. No deben de lanzarlas a una distancia inferior a los doscientos pasos o en la explosión morirían ellos también.

—¿Y conseguirán llegar hasta el gran cerebro electrónico que controla todo el sistema de seguridad del planeta? — Lo intentarán. Están controlando el paso de cuatro servidores de la “Vérité” por uno de los pasillos subterráneos marcados en el mapa. A la hora exacta les atacarán, se desharán de sus cuerpos por el hueco de un colector que pasa a la derecha y vestirán sus túnicas. Son negras, cruzadas en el pecho por dos franjas color violeta en forma de aspa. Sólo los que las llevan pueden rebasar las franjas violeta prohibitivas sin que se provoque la alarma.

—¿Y hay alguna forma de identificar a los cuatro miembros de la resistencia por si les podemos echar una mano? — preguntó Yul Slade.

— Sí. Cada vez que nos cruzamos, se cierra el puño de la mano derecha extendiendo inmediatamente los dedos índice y meñique. Es una contraseña que se hace con naturalidad y en sólo un segundo. Lo que tememos es que hayan sido descubiertos por los agentes de seguridad de Tox. Todos necesitamos mucha suerte. Pese a hallarnos bien infiltrados en la ciudad subterránea, estamos muy buscados por los sabuesos de Tox. Por ejemplo, tenemos a tres elementos en el control del clima, mezclados con medio centenar de servidores adictos a Tox. Cuando bloqueen el sistema tendrán que exterminar a una docena como mínimo de sus supuestos compañeros.

—¿Podrán conseguirlo?

A la pregunta de Yul, Alat respondió:

— Sí, han conseguido esconder armas para el momento oportuno, pero no pueden atacar antes de que “Vérité” sea destruida o deteriorada por un espacio de tiempo no inferior a las dos horas. De lo contrario, “Vérité" pondría en marcha todo su sistema de defensa y nada conseguiríamos. Gasificarían la nave, morirían todos y automáticamente los sistemas de clima se desbloquearían.

— Entendido. Estaremos alerta por si podemos ayudarles. — Asegúrense bien antes de hacerlo. Ahora, debo marcharme. Oficialmente, sólo he venido a comunicarles que dentro de un par de horas vendré a recogerles para que presencien las ejecuciones. Me

temo que Tox ya sospecha de mi.

—¿Teme que la arresten? — preguntó Katia.

— Quizá se limiten a seguirme para tratar de localizar a otros miembros de la resistencia a través de mí. Hasta luego y aliméntense bien. En las próximas horas les hará falta todo su vigor, y si alguno de ustedes cae, que los demás sigan adelante, tendrán poco tiempo para escapar. Alat dio media vuelta y desapareció por la puerta.

Yul Slade ya había ocultado entre su casaca las hojas plásticas en las que estaban dibujados los planos y constaban los datos precisos para el regreso a la Tierra.

CAPÍTULO X

Buscando colocarse de espaldas a la cámara, Yul Slade había estudiado los planos y memorizado los datos proporcionados por Alat por si le eran descubiertos y arrebatados.

Mientras, las tres mujeres hablaban entre ellas. La angustia, el desasosiego, un malestar profundo, las unía. Lo que habían descubierto sobrepasaba la raya de lo más repugnante.

La puerta se abrió y en ella apareció un xapharita con túnica púrpura y franja amarilla horizontal igual a la utilizada por Alat.

—¿Están preparados? — inquirió a guisa de saludo con su voz más gutural que la de Alat.

—¿Dispuestos para qué? — preguntó Yul abiertamente.

— Para presidir las ejecuciones.

Por su parte, Goldie interrogó:

—¿Y Alat?

— Lo ignoro — repuso el recién llegado —. Se me ha ordenado que me convierta en el guía de ustedes.

— Nosotros ya tenemos un guía que es Alat — observó Yul.

— Pues le habrán asignado otro cometido. Deben de seguirme. La ceremonia de comienzo de las ejecuciones espera.

En silencio, preocupados por la ausencia de Alat, salieron tras el nuevo guía que no había pronunciado su nombre. Yul se le acercó más y con sorna preguntó:

—¿Podría decirme a qué sexo pertenece usted? En este planeta es difícil distinguirles.

— En Xaphara no existe un sexo. Todos somos iguales a excepción de los destinados a la reproducción, aunque sí hay ligeras diferencias físicas entre unos y otros y si le intriga, le diré que yo soy lo que podría llamarse un hombre.

— Bien, así me quedo tranquilo — replicó Yul.

—¿Por qué se lo has preguntado? — inquirió Goldie en voz baja.

— Es por si tengo que aplastarlo de un puñetazo. No quisiera tener remordimientos por haberle saltado las encías a una fémina, ya que carecen de dientes. Por lo menos, éste es un hombre.

Junto con las tres muchachas, Yul siguió al guía. Gracias al estudio del plano proporcionado por Alat ya no se hallaba tan confuso y perdido. Conocía las contraseñas de las parejas y como poder desenvolverse sin perderse, lo que podía servirles de mucho cuando llegara el momento de la fuga.

La gran plaza resultó una enorme nave subterránea de bóveda reforzada con acero y hormigón. No había pilares que la sostuvieran y tendría un radio de casi trescientos metros.

Había una especie de tribuna escalonada, con diferentes alturas.

En la parte superior se sentaban seis esqueléticos ancianos que Yul supuso serían las seis ancianas, ya que era muy difícil distinguir allí el sexo.

Debajo, en una especie de púlpito, se hallaba Tox, y a ambos lados tenía sendos grupos de ocho agentes de seguridad armados con sus barras metálicas.

Más abajo había una tercera tribuna vacía a la que fueron conducidos

los terrícolas.

La gran plaza subterránea se inundó de una extraña música electrónica que sobrecogía el ánimo.

Frente a ellos quedó muy iluminada una especie de larga y estrecha piscina. El pueblo xapharita estaba como a unas veinte yardas del borde de la misma.

—¿Para qué sirve esa canalización? — preguntó Yul al guía que se había colocado a su lado.

— Tal como dirían en su planeta, es el patíbulo para la muerte lenta. En ella son introducidos los criminales de la peor condición. Pero, aguarden, las sentencias van a dictarse.

Tox manipuló en un dial existente en su púlpito y en una pequeña pantalla fueron apareciendo nombres que él leyó en voz alta. Un perfectísimo sistema de altavoces se encargó de amplificarla.

Ni Yul ni las chicas entendieron lo que decía. Sus idiomas eran tan distintos que no había forma humana de comprenderlo.

Cuando terminó de hablar, el Consejo, que había permanecido en pie durante la lectura, alzó sus brazos y los movieron de arriba abajo como vieran hacer dentro de la nave esférica. Aquello era una significación afirmativa. Después, se sentaron y volvió a sonar la música, que duró unos minutos. Supusieron que se trataba de algún himno nacional. De repente, todos los xapharitas que abarrotaban la gran plaza subterránea gritaron al unísono voceando algo que parecía una conformidad con su régimen monogubernamental.

Por la derecha de la canalización de cien metros de largo por uno de anchura, aparecieron los reos caminando uno tras, otro en fila india, cogidos por un cepo que les dejaba en alto manos y cabeza.

El cepo era múltiple, ya que una cabeza iba tras otra y articulado en horizontal, pero no en vertical. Todas las cabezas y manos permanecían a la misma altura, lo que obligaba a algunos a caminar de puntillas y a otros doblando las rodillas.

El cepo semejaba inacabable. Más de medio centenar de cabezas aparecieron en él como anillos de una monstruosa serpiente.

Goldie reconoció de inmediato a uno de los reos.

—¡Es Alat!

Yul, furioso, se encaró con su nuevo guía.

—¿No ha dicho que ignoraba dónde estaba Alat?

— Exactamente, pero ahora sí lo sé. Esas cosas pasan. Los rebeldes que actúan contra la seguridad del pueblo xapharita son condenados.

—¡Hay que evitarle la muerte! — exclamó Goldie.

— Imposible — dio el guía en voz baja —. Ni todo el pueblo arremetiendo hacia el patíbulo lograría rebasar el campo de fuerza que los aísla. Siempre se toma esta seguridad para evitar muertes rápidas.

— Ya entiendo, la muerte debe ser lenta — gruñó Yul impotente para detener aquel asesinato múltiple.

—¿Y en qué consiste la muerte lenta? — preguntó Katia Novna.

El guía explicó:

— Ahora, los reos pasarán al interior del patíbulo, es decir, de lo que ustedes llaman piscina o canal. Sus cabezas y manos penderán fuera del agua para que no puedan suicidarse.

—¿Y qué les sucederá dentro del agua?

Tras la pregunta de la pelirroja Maggie, el guía prosiguió explicando:

— A cada hora que transcurra se vertirá un tanto por ciento de un ácido fuerte, similar a una mezcla de vitriolo y ácido nítrico en su planeta. Al principio, la solución ácida será débil, sólo comenzará a irritarles, es decir, la primera hora ni la notarán. Sus pieles conseguirán neutralizarla, pero luego vendrá la segunda dosis, y así sucesivamente. El aumento de la acidificación es paulatino. Está estudiado para que en medio de grandes sufrimientos se tarde dos días en morir. Les aseguro que no es agradable estar aquí a partir de la séptima u octava hora, cuando comienzan los gritos y no hay forma de escapar.

— Y cuando mueren, ¿los sacan de la solución ácida? — preguntó Katia horrorizada.

— No, en realidad los cuerpos acaban desapareciendo atacados por el ácido. Luego, se inclina el gran cepo y lo que queda de ellos se

disuelve también en la solución que luego se traga una gran sima abierta bajo la piscina.

— Yul, esto es espeluznante — se lamentó Goldie.

— Es el castigo que merecen todos los que están ahí. Ustedes fueron atacados por ellos y ahora pagan sus crímenes.

Yul se volvió hacia Tox. En voz alta exclamó:

—¡Todos los que están ahí no nos atacaron! Tox sonrió fríamente. Después replicó:

— Explíqueselo al Gran Consejo, pero es mi deber prevenirle que no entienden su idioma y usted tampoco sabe hablar el nuestro. Somos de mentalidades tan distintas que ni por señas se comprenderían. Por cierto, creo que mañana se reunirá el Gran Consejo para dictaminar sobre ustedes, de modo que cuando abandonen esta plaza dentro de unos minutos deben ir a su habitat y no salir hasta que les llame el Gran Consejo.

—¿Ya tiene listo todo lo que va a pedir para nosotros? — preguntó Yul vuelto hacia Tox que quedaba por encima de ellos.

— Sí, siempre sé de antemano cuáles son mis planes.

—¿Podemos conocerlos ahora?

— No, ustedes no tienen por qué saber nada, sólo obedecerán lo que se les ordene. Es una lástima que Alat les mostrara la granja provocándoles una cierta animosidad contra mí, eso va a perjudicarles.

— Sí, vemos que a Alat ya la ha perjudicado — replicó Yul.

— No deseen una muerte como la suya, es sumamente dolorosa. Primero la piel, luego la carne, más tarde los huesos con los órganos. Hasta que el ácido no llega a puntos vitales transcurren muchas horas. Antes de ser introducidos en los cepos se les ha preparado para que en su sangre tengan una fuerte dosis de coagulante y no se produzca fácilmente una hemorragia al romperse una vena, sobreviniendo la muerte con rapidez. Todo está estudiado, terrícola. Ahora, su guía les regresará a su habitat. Ya han cumplido presidiendo el comienzo de la ceremonia. El pueblo irá desfilando. Algunos se quedarán y otros volverán dentro de unas horas para ver sufrir de cerca a los reos.

De nuevo se inició el himno, cortando el diálogo entre Yul y el xapharita.

Al terminar el himno, el guía les invitó a salir.

Yul miró hacia lo alto; Tox había desaparecido. El consejo dé ancianas también desfilaba, así como gran parte del pueblo congregado en la enorme nave.

En la piscina patíbulo estaban atrapados los condenados a muerte lenta en el largo y articulado cepo que los unía, manteniendo sus cabezas y manos fuera de la letal solución que hora tras hora iría disolviendo sus cuerpos.

— Me parece horrible lo que está sucediendo a Alat — observó Goldie en voz baja junto a Yul.

— No hay forma de sacarla de ahí, pero si el plan de la resistencia tiene éxito, todo se destruirá precipitándose su muerte.

La morena Katia Novna opinó también en voz queda: — Alat tenía razón. La única solución para este pueblo ya momificado y perverso es la destrucción total. Ellos la han elegido porque se dan cuenta de que Tox sólo conseguirá alargar la agonía de este planeta. El gran cerebro electrónico, al fin, ha dicho la verdad. La solución de la granja de seres terrícolas no es acertada en su totalidad, pero Tox quiere seguir adelante.

— Sí, y posiblemente derribará al Gran Consejo cuando crea haberse hecho con el pueblo tras ofrecerle carne en abundancia.

Había gran confusión en los corredores. Todos debían comentar las ejecuciones y lo que durarían.

Los terrestres sabían por la propia Alat, que Tox había aprovechado aquella ejecución para mezclar a los jefes del movimiento de resistencia entre los criminales y desertores comunes.

Lo que más les inquietaba es que los miembros que debían participar en el plan de destrucción que les permitiría escapar de Xaphara hubieran sido descubiertos.

Conforme se adentraron en los túneles, éstos fueron vaciándose.

En un largo y no excesivamente iluminado corredor descubrieron a una patrulla de agentes de seguridad. Era fácil identificarlos por sus

franjas doradas.

Por el lado opuesto vieron caminar a cuatro xapharitas que iban a cruzarse con ellos.

Instintivamente, Yul hizo la señal de los miembros de la resistencia con el puño cerrado y estirando los dedos índice y meñique.

Sin demostrar que les miraban, los cuatros seres repitieron la señal.

De pronto, los agentes de seguridad gritaron algo.

Los cuatro hombres de la resistencia se detuvieron un instante para luego dar media vuelta y echar a correr.

Los agentes de seguridad les encañonaron con sus extrañas armas que lanzaban fortísimas ondas de ultrasonido y dos xapharitas cayeron al suelo rápidamente. Los otros dos fueron alcanzados más tarde.

Yul Slade cogió por el hombro a su guía y le propinó tal puñetazo que lo envió contra la pared. Se escuchó un extraño y crujiente ruido y el guía se derrumbó para no moverse más.

—¡Goldie, tu arma!

CAPÍTULO XI

Yul Slade se acercó a los agentes de seguridad por la espalda mientras éstos terminaban de rematar a los hombres de la resistencia de que les hablara Alat.

La fuerza de Yul Slade resultó arrolladora para aquellos hombres casi esqueléticos. No tardó en derribar a varios de ellos a puñetazos.

Maggie y Katia también participaron en la pelea y aun siendo mujeres demostraron un buen adiestramiento en karate.

Goldie sacó el arma que llevaba escondida y disparó el rayo ultrasónico contra uno de los agentes que iba a hacer lo propio sobre la espalda de Yul, que semejaba un Sansón destruyendo a los bíblicos filisteos empleando sus puños.

En breves minutos yacieron en el suelo todos los cuerpos de los

xapharitas que habían tomado parte en la pelea.

—Recojamos cada uno de nosotros armas de éstas, que pueden sernos muy útiles. Ya no podemos detenernos. Goldie observó:

—¿Y las armas de los miembros de la resistencia?

—Sí, hay que apoderarse de esos lanzagranadas que mencionó Alat. Deben de llevarlos ocultos bajo sus túnicas.

Yul se encargó de sacar un par de pistolas con gran boca que podían lanzar unas bolas del tamaño de una pelota de tenis, pelotas de las que los xapharitas llevaban varias ocultas en largas bolsas debajo de sus túnicas.

—Goldie, toma una de estas pistolas. Vosotras, Maggie y Katia, seguid con las armas normales. Ahora hay que desaparecer de aquí rápidamente antes de que se produzca la alarma.

—¿Y adónde vamos?

— Al cruce que ha señalado Alat en el mapa y que es el lugar por donde deben pasar los servidores de la "Vérité". Hacia allí se dirigían estos hombres de la resistencia.

Se alejaron corriendo por los pasadizos. Yul, que había estudiado bien el mapa, no cometió errores equivocando los túneles.

—¿Falta mucho? — inquirió Goldie, fatigada.

—No más de cien yardas, haced un esfuerzo.

Junto a un cruce, detuvo con la mano a las tres chicas. Allí, renovaron el aire y quedaron quietos, a la espera. No había mucha luz, pero la espera se hizo exasperante.

—¿Habrán dado ya la alarma? — preguntó Katia.

—No lo sé, quizá hayan descubierto los cadáveres y temen que sea una reyerta entre agentes del orden y miembros de la resistencia que se oponen a la ejecución masiva que está teniendo efecto.

Al fin, se escucharon pasos. Quedaron tensos, expectantes.

Cuando aparecieron los xapharitas, Katia y Maggie dispararon sobre ellos sus armas ultrasónicas, derribándolos en breves instantes sin darles tiempo a replicar.

Los cuatro hombres iban vestidos de negro con las franjas violeta cruzando sus pechos.

—Son los que había señalado Alat — dijo Goldie.

—Tenemos que ponernos sus túnicas rápidamente. El color de éstas, unido al de las franjas y la forma de las mismas, son las contraseñas que utilizan para diferenciarse entres ellos y rebasar las señales prohibitivas.

Rápidamente vistieron las túnicas. A Yul le quedaba pequeña y estrecha y Goldie tuvo que abandonar su bella capa de terciopelo.

Yul arrastró los cuerpos hacia la puerta lateral, que resultó un colector, arrojándolos por los peldaños descendentes lo mismo que la capa roja de Goldie que habría delatado su presencia allí.

Cerró la puerta y dijo:

—Ahora, en busca de la "Vérité", pero sin correr, sin delatarnos.

Avanzaron por los corredores.

La alarma debía estar dada, porque vieron cruzar patrullas de agentes de seguridad, pero lograron esconderse a tiempo en cada ocasión.

Guiándose por el plano de Alat, tomaron el camino de una rampa descendente, muy bien iluminado. Cuando habrían descendido unas quinientas yardas por unos doscientos pies de profundidad se encontraron con una franja violeta.

Instintivamente se detuvieron ante ella. Podía haber una barrera de tipo electrónico, pero Yul se adelantó cruzándola sin que nada ocurriera.

—¡Vamos!

Dejaron atrás la raya prohibitiva y cada vez fueron encontrando más y más luz.

Un rumor sordo llegó hasta ellos, un rumor que se transmitía ligeramente por las paredes y el suelo.

Al fin encontraron una puerta ante la cual, a unas diez yardas, había otra señal violeta prohibitiva, esta vez más luminosa. La cruzaron y sus túnicas les abrieron automáticamente la gran puerta metálica que se corrió a ambos lados. Tenía un grosor de treinta pulgadas y se

encajaba a la perfección con agudas púas.

Una gran nave repleta de luz apareció ante ellos. Centenares de cajas metálicas guardaban millares de circuitos y memorias electrónicas.

—¡La "Vérité" — exclamó Goldie. Katia observó:

—Jamás supuse que pudiera haber un cerebro electrónico tan grande.

Medio centenar de servidores controlaban el gran cerebro electrónico que a su vez controlaba todo el planeta y del cual se valía Tox.

— Me gustaría saber qué circuitos son los que controlan la granja que visitamos — masculló Yul.

—Si lo destruimos todo, también se destruirá la granja — observó Goldie.

—No debemos rebasar la puerta. Posiblemente se cierre automáticamente cuando empiece la destrucción y quedaríamos atrapados dentro — advirtió Yul.

Los xapharitas, ante su insólita presencia, quedaron dubitativos mirándoles.

Yul Slade empuñó su lanzagranadas y Goldie hizo lo propio. Oprimieron los resortes y las aparentemente inofensivas pelotas salieron disparadas con gran fuerza, chocando contra grupos de cajas metálicas.

Las explosiones fueron fortísimas, cegadoras. Goldie y Yul volvieron a cargar disparando en todas direcciones, produciéndose nuevos estallidos.

Las oleadas de calor casi les abrasaron. Katie y Maggie dispararon hacia unos agentes que corrían hacia ellos.

—¡Vamos, hay que disparar otra vez antes de que se cierre la puerta! — apremió Yul al comprobar el movimiento de la gruesa puerta que comenzaba a cerrarse.

Goldie se apresuró y pudo disparar una nueva granada mientras Yul, más hábil en el manejo de las armas, había cargado tres veces disparando otras tantas.

—Corramos. Creo que la "Vérité" se ha llevado lo suyo y ha quedado suficientemente dañada.

—Ahora hay que ir hacia la "Centisonic".

—Deberemos de cruzar por la gran plaza para buscar el túnel de salida al aeropuerto espacial — advirtió Yul, mientras iniciaba la retirada.

El calor que se había producido dentro de la nave fue tan intenso que la oleada térmica comenzó a enrojecer la gruesa puerta metálica. Los que habían quedado allí encerrados no tardarían en morir sino lo habían hecho ya.

Corrieron por los túneles no sin hacer algunos disparos contra agentes de seguridad que les salieron al paso. Las luces se fueron debilitando hasta terminar apagándose totalmente.

—Eso es que la “Vérité” ha dejado de funcionar. Incluso no habrá campos de fuerza que se opongan a nuestro paso aunque deberemos de tantear por las paredes — dijo Yul.

Las tres chicas se cogieron de las manos para no perderse hasta que llegaron a la gran plaza que, al parecer, estaba recubierta de paredes autoluminosas para casos de emergencia.

—¡Alto! — gritó Yul, acercándose a la piscina de ejecuciones mientras en toda la ciudad subterránea se habían creado el caos al fallar todos los medios de comunicación y suministros

—¿Cómo podemos sacaros de aquí? — preguntó a Alat.

— No os preocupéis de nosotros, ahora llega la definitiva liberación. Aún no hemos comenzado a sufrir aquí y lo importante es que huyáis a tiempo. El cerebro de la "Vérité" ha sido destruido.

—Vuestros cuatro amigos fueron atacados y nosotros ocupamos sus puestos. Acabamos de descubrir la “Vérité" y de liquidar a unos cuantos agentes de seguridad.

—Pues huid, huid, olvidaos de todo. La aniquilación total de Xaphara ha comenzado. Como estaba previsto, el sistema de clima habrá quedado bloqueado y todos moriremos abrasados. El gran satélite que nos da calor por la noche y luz durante el día es una estrella artificial que controlaba "Vérité", y ahora se irá acercando hasta abrasarlo todo, ya que su núcleo era alimentado con energía nuclear prácticamente inagotable durante siglos.

— Si, ya recuerdo, lo vi la noche de nuestra llegada — asintió Yul —. Era como una bola de fuego en órbita.

—Huid, nuestra muerte ya no será lenta — apremió Alat en su forzada situación.

—¿Y las granjas? — inquirió Maggie.

—Tampoco os preocupéis de ella, desaparecerá como todo. Olvidaos de aquellos niños como si se tratara de una pesadilla. Morirán como nacieron, sin enterarse de nada.

Una voz gritó órdenes extrañas que no entendieron, mas Yul reconoció en ella la voz de Tox.

El jefe de seguridad, al frente de un grupo de agentes, se hallaba al otro lado de la sala.

Yul no lo pensó dos veces. Disparó una granada que cruzó el centro de la plaza provocando una explosión al otro lado de la misma.

Tox se desintegró junto a sus hombres, y la bóveda de la gran plaza de las ejecuciones comenzó a crujir. La oleada térmica era demasiado para lo que tenía que sostener aquel techo artificial.

—¡Corramos antes de que se hunda la bóveda! — apremió Yul.

Enfilaron por uno de los túneles escogidos por Yul cuando los crujidos de la bóveda aumentaban y comenzaban a caer los primeros pedazos de la misma antes de que sobreviniera su completo desmoronamiento, sepultando todo lo que allí había y cerrando las bocas de los túneles para los que pretendieran escapar por ellas.

Al fin vieron la luz del día. El aeropuerto espacial estaba ante ellos. Había vigilantes, pero confusos.

—¡Disparad sobre ellos! — gritó Yul.

Fueron abatidos los que se oponían a su paso, cogidos por sorpresa. De otra forma no habrían podido vencer la superioridad numérica.

La suerte les estaba acompañando, pero de pronto, Maggie rodó por el suelo.

—¡Maggie! — llamó Goldie inclinándose sobre ella. — Ha muerto — sentenció Katia, disparando su arma contra el atacante que había matado a Maggie O'Connor en el último instante.

Yul pudo disparar contra la gran nave esférica que se levantaba monumental junto a la "Centisonic", que parecía una maniobra a su

lado, pero recapacitó diciéndose que posiblemente una de aquellas granadas no sería suficiente para destruirla, aunque ya no tuviera el campo de fuerza protegiéndola o quizá sí, pues podía ser autónomo.

A la carrera, consiguieron llegar hasta la "Centisonic", subiendo por la escalerilla. Katia lo hizo la primera, pero del interior de la nave surgió un xapharita armado que disparó contra ella.

Alcanzada de lleno por la letal onda ultrasónica, Katia cayó sobre Goldie, derribándola.

Yul Slade comprendió que la situación era critica y él sólo estaba armado con el lanzagranadas, con el cual no podía disparar hacia el xapharita.

Dio un salto prodigioso y estiró de su arma, arrebatándosela violentamente. Después, lo lanzó de cabeza al suelo. Le bastaron dos puñetazos para dejarlo tendido para siempre. La fuerza de los puños de Yul resultaba demoledora para aquellos seres.

—¿Y Katia?

—Ha muerto — repuso Goldie, lacónica.

—¡Maldita sea! Vamos arriba antes de que nos quedemos también nosotros en este infernal planeta. Mantente en la puerta y dispara sobre los que vengan, mientras yo pongo esto en marcha.

—¡Ahí llegan muchos xepharitas! — advirtió Goldie, angustiada.

—¡Lánzales una granada, rápido, hay que ganar tiempo!

Goldie Lake oprimió el resorte y salió la granada volando a gran velocidad.

Cayó sobre el grupo de atacantes, que quedó desintegrado en medio de una intensa luz blanca. El calor producido por la explosión empujó a Goldie hacia atrás, que cerró la puerta.

—Siéntate y ponte los atalajes, vamos a despegar. La nave está perfectamente.

La "Centisonic" no tardó en ponerse en marcha, rodando por el campo mientras más y más xapharitas brotaban por el túnel subterráneo profiriendo gritos.

Un grupo de ellos corrió hacia la gran nave esférica, disponiéndose a

servirse de ella para detener la fuga de los terrícolas.

Yul consiguió hacer despegar la "Centisonic", pero cuando parecía que iba a alejarse hacia el firmamento, giró ciento ochenta grados. Descendió ligeramente, apuntó con el cañón láser y disparó sobre la nave esférica que estalló en el propio aeropuerto, antes de conseguir elevarse.

—¡Arriba!

La desgravitación se acusó en sus cuerpos y en pocos minutos la "Centisonic", con sus dos únicos pasajeros, consiguió ponerse en órbita de Xaphara.

—Mira, allí está la pequeña estrella artificial que tienen en órbita para controlar el clima.

—Pues nos desviamos de órbita para no chocar con esa gran masa de fuego nuclear o nos desintegraremos. Yul cambió la órbita y luego buscó a través del teleobjetivo la superficie del planeta.

—¿Qué haces ahora, Yul?

—Busco la granja, quiero asegurarme que está destruida. Ahí, ahí la tengo en mi visor...

La granja apareció en pantalla, y Yul oprimió dos botones rojos. Inmediatamente salieron disparadas dos poderosísimas bombas termonucleares que arrasaron la satánica granja.

Yul suspiró.

—Ahora ya podemos regresar a casa. Utilizaremos la hibernación para los años de viaje que nos esperan. Al llegar a la órbita terrestre despertaremos y podremos contar a nuestros nietos, que por su aspecto parecerán nuestros abuelos, cuanto nos ha ocurrido en este ignorado planeta. Esperemos que nos crean.

—Si nos creerán, Yul. Les será fácil encontrar en los archivos la fotografía y todos los datos anatómicos de “Miss Planetarium".

Se inclinó para besarlo en los labios, mientras la nave abandonaba la órbita de Xaphara para iniciar su larguísimo viaje en dirección a la Tierra.

FIN